

MERCHE DIOLCH

y llegaste tú

ISRAEL



PARTE 6

Click
EDICIONES

Índice

Cita

Prólogo

PARTE 6. ISRAEL

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Avance

Cita

Prólogo

Biografía

Créditos

Click

PlanetadeLibros



¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

Gracias por adquirir este eBook

Visita **Planetadelibros.com** y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

Merche Diolch

ISRAEL

Y llegaste tú 6



«Te odio porque a todas horas pienso en ti y tú ni siquiera me recuerdas.»

Gil Junger, *10 razones para odiarte*



Prólogo

Llegaron al apartamento de Lucía pasadas dos horas de viaje en completo silencio. Los acontecimientos vividos habían sumido a los tres en una especie de estado de ingravidez donde cada uno analizaba los acontecimientos por si hubieran podido desarrollarse de otra manera.

Fue un trayecto largo, pero necesario para que, en cuanto llegaron al piso de Lucía, alcanzaran la misma conclusión: el pasado no se podía cambiar.

Israel las ayudó a subir las maletas de Elsa al apartamento y, tras dejar a la joven instalándose en la que sería su nueva morada, él y Lucía decidieron dejarla sola. Tomaron el ascensor que los llevaría a la calle y, delante del Camaro, ambos sintieron que su energía se evaporaba.

El fin de semana los había dejado agotados.

Lucía apoyó la cabeza en el pecho de Isra y él le abrazó la cintura, dándole un beso en la cabeza.

---Respira... ---le repitió el mantra que llevaba escuchando desde que habían llegado a la boda el día anterior.

Ella sonrió y lo miró.

---Es lo que hago, si no tendría un problema.

Se carcajeó y le acarició la mejilla.

---Un gran problema.

Los dos se observaron, dejando sus miradas fijas la una en la otra. Los ojos de un azul celestial que podrían pasar por los de un ángel y los negros que escondían miles de estrellas en su interior.

---Tengo que irme ---anunció Isra pasados unos segundos rompiendo lo que compartían.

Ella asintió y se separó un poco de él.

---Tienes que regresar a tu casa.

Le pasó la mano por el cabello y agarró su barbilla.

---¿Estaréis bien?

Lucía movió la cabeza de forma afirmativa.

---O por lo menos lo intentaremos. ---Le guiñó un ojo.

Le atrapó la cara y le dio un leve beso.

---Llámame si necesitáis ayuda.

---No hará...

---Lucía, avísame si es necesario ---la cortó insistiendo.

Suspiró y asintió.

---De acuerdo.

---Así me gusta. ---Sonrió---. Dócil y sumisa.

Le golpeó el estómago y se apartó de él.

---Conque dócil y sumisa...

Se rio atrapando una de sus manos para acercarla de nuevo a él.

---Echaba de menos a esta fierecilla.

Apoyó las manos en su pecho y lo miró con las mejillas algo rosadas.

---Tenemos que hablar...

Movió la cabeza conforme con sus palabras y le dio un lento beso.

---Ya habrá más momentos para hacerlo. ---Levantó la cabeza hacia el edificio de apartamentos que había detrás de ella---. Ahora hay cosas más importantes.

Lucía asintió también.

---Voy a hacer todo lo posible para ayudarla.

La miró con admiración.

---Lo sé, pero si por algún motivo, alguna causa...

---Te avisaré.

Asintió complacido con su respuesta. Atrapó de nuevo su cara, observó su mirada, descendió hasta sus labios y le anunció:

---Voy a besarte.

---Lo estoy deseando.

---¡Lu! ¡Lu!...

El beso no llegó a producirse.

Lucía se separó con rapidez de él, al reconocer a quien la llamaba.

Israel la observó extrañado al principio y molesto después, cuando la chica rubia que acababa de acercarse le dio un beso en la boca.

---Hola, Fátima.

---Hola, no sabía que habías regresado.

La chica miró al joven que seguía pendiente de cada una de sus palabras y devolvió la atención a la otra chica.

---Un cambio de planes de último momento.

---Me alegro, así podremos pasar el día juntas.

Lucía asintió reticente.

---Yo me tengo que ir ---anunció Israel abriendo la puerta del coche para adentrarse en su interior.

---Isra, espera... ---lo llamó golpeando el cristal de la ventanilla, solicitándole que la bajara. Miró a Fátima y le dijo---: ¿Puedes ir subiendo al piso? Ahora voy yo. ---Tomó las llaves que le ofrecía y se alejó de ella, dándole antes un nuevo beso de despedida, pero en esta ocasión en la mejilla.

Lucía se volvió hacia el coche en cuanto escuchó un gruñido que salía del interior de este y se apoyó en la ventanilla.

---No te vayas así...

La miró elevando su ceja.

---¿Cómo quieres que me vaya? ---preguntó con brusquedad---. Lucía, no soy amigo de estos juegos...

---Hablaré con ella ---indicó.

Él apretó el volante, dejando constancia de la tensión que sufría su cuerpo al quedarse blancos sus nudillos. Negó con la cabeza, arrancó el motor del coche y la miró.

---Creo que será mejor que olvidemos lo que ha ocurrido.

La joven se irguió, separándose un poco del automóvil como si acabara de recibir una bofetada. Se cruzó de brazos y tensó la mandíbula.

---Está bien.

---Si necesitas cualquier cosa...

---Llamaré a Lucas ---lo cortó.

Él la miró desde el asiento del conductor, achicando los ojos, y asintió.

---Sí, creo que será lo mejor. Todo esto ha sido... ---dudó por unos segundos hasta que encontró la palabra exacta--- un error.

---Yo no lo habría definido mejor ---indicó mordaz---. Que tengas buen viaje ---se despidió.

Israel asintió sin apartar la mirada mientras ella lo observaba impasible.

Ninguno era capaz de romper el contacto visual, ninguno quería romper su relación...

Lucía tomó aire y se dio la vuelta. Se dirigió al portal de su edificio y, cuando le faltaban unos

pocos pasos para alcanzar la puerta, escuchó como un coche se alejaba de la acera. Con rapidez se volvió, comprobando como el Camaro amarillo torcía la esquina de su calle.

---Imbécil... ---dijo en voz alta, sin saber muy bien si se refería a Israel o a ella.

Abrió la puerta de cristal y madera, y desapareció en el interior con gesto abatido.

PARTE 6

ISRAEL

Capítulo 1

El bar de Ceci estaba lleno de gente. Era el último sábado antes de que los jóvenes comenzaran las clases y se notaba que todos querían aprovechar las últimas horas de libertad que les quedaban.

El verano terminaba... Bueno, oficialmente y según el calendario, ese año la nueva estación no comenzaría hasta el 23 de septiembre, pero para los habitantes del pequeño pueblo donde residían Israel y Jaime, el fin de la etapa estival venía de la mano del comienzo del nuevo curso escolar.

Los dos habían llegado al establecimiento hacía ya un par de horas y se habían instalado al final del mismo, para jugar una partida de dardos mientras bebían, comían y conversaban de todo un poco.

---Si te gano esta partida, empataríamos ---señaló Jaime arrancando los dardos de plástico que había anclados en la diana.

Israel se rio mientras se recolocaba la camiseta negra de manga corta que llevaba.

---Tú lo has dicho: si me ganas. ---Le guiñó un ojo y, sin muchas prisas, lanzó uno de sus dardos dando en el centro de la diana.

Jaime se quedó con la boca abierta.

---No seas abusón ---le recriminó con guasa tras empujarlo, riéndose a la par que él.

El joven rubio se sentó en una de las sillas que había cerca de la mesa donde tenían su comida y bebió de la jarra de cerveza. Su amigo no tardó en imitarlo, echándose hacia atrás con la silla y columpiándose al dejar las patas delanteras sin apoyo, mientras comía las patatas con kétchup que quedaban en su plato.

---¿Sabes algo de Raquel y Tony?

Jaime dejó caer la silla de golpe y negó con la cabeza.

---Poco más de lo que te pueda decir tu hermana.

Se restregó los ojos con la mano y suspiró.

---Apenas veo a Mónica por casa desde que llegó de Londres, por lo que no tengo nuevas noticias de ellos.

---¿Y eso? ---preguntó mientras se colocaba el cuello de la camisa en la que el azul y el verde conformaban diferentes siluetas poco definidas.

---El amor...

Jaime elevó una de sus cejas.

---¿El amor?

---Ella y Lucas están viviendo una especie de «luna de miel». ---Movié los dedos imitando unas comillas imaginarias.

Su compañero se rio ante la explicación.

---No seas malo. ---Mordió una patata y se chupó los dedos manchados de salsa de tomate---. Están recuperando el tiempo perdido.

Los ojos de Israel se achicaron al escucharlo al mismo tiempo que su cuerpo temblaba ante lo que sugería.

---Acabo de poner imagen a tus palabras y... ---Emitió un sonido exagerado y puso cara de asco.

Jaime se carcajeó.

---Creí que estabas de acuerdo con su relación.

---Y lo estoy ---confirmó sin dudar---. Creo que deberían haber estado juntos hace mucho

tiempo...

---¿Entonces? ---preguntó intrigado subiéndose las gafas negras de pasta que llevaba esa noche, debido a que las lentillas habían sufrido un pequeño percance con la grasa de sus manos, algo habitual en él. Los chicos de la óptica ya ni le preguntaban qué había sucedido cada vez que aparecía por la tienda.

Israel le sonrió de forma traviesa.

---Aunque me alegre de que sean novios... ---se detuvo brevemente en esa palabra como si tuviera que asimilar que su mejor amigo y su hermana estuvieran juntos---, Mónica sigue siendo mi hermana pequeña y...

---No quieres pensar en lo que debe de estar haciendo en este momento con Lucas ---terminó la frase por él, riéndose al mismo tiempo.

Israel negó y, rendido, apoyó la cabeza en su mano.

---Mejor que no ---afirmó con una débil sonrisa.

Jaime no pudo evitar carcajearse de nuevo al verle la cara.

---Raquel y Tony regresarán en octubre ---respondió a la pregunta que había ocasionado que acabaran hablando de la reciente relación de Mónica y Lucas.

Isra asintió, tomó su jarra de cerveza y comprobó que apenas quedaba bebida. Miró hacia los lados hasta que uno de los camareros que tenía contratados la dueña del bar lo vio. Levantó la jarra y le indicó que trajera otra más.

---¿Quieres otro refresco? ---preguntó a Jaime, que sin pensárselo mucho asintió con la cabeza, obligando a Isra a que atrajera de nuevo la atención del empleado para que añadiera al pedido una Coca-Cola---. ¿Cuándo te tomarás una cerveza conmigo?

---Ya sabes que el alcohol y yo no somos muy buenos amigos. ---Bebió el poco líquido negro que le quedaba en el vaso---. Además, si quieres que siga jugando contigo a los dardos, no debería beber otra cosa.

Isra le revolvió el cabello y se rio, mientras Jaime se encogía de hombros resignado.

---¿Por qué en octubre? ---lo interrogó de pronto.

---¿Tony y Raquel? ---El rubio movió la cabeza de manera afirmativa, confirmando que se refería a sus amigos---. Prevé que será cuando acaben con la grabación del disco.

El hermano de Mónica movió la cabeza de nuevo, al mismo tiempo que recordaba que ese era el motivo por el que la pareja había viajado hasta la capital de Inglaterra.

---Ya no queda nada para que regresen.

Jaime asintió, tomó el vaso que le acababa de traer el camarero y lo levantó en el aire para brindar con la nueva jarra de cerveza que tenía Israel.

---Dentro de nada estaremos la pandilla al completo.

Su compañero asintió mientras bebía.

---¿Y lo llevarás bien?

Jaime dejó el vaso sobre la mesa y se quitó las gafas para limpiar los cristales con los extremos de su camisa.

---Sí ---respondió sin dudar---. El tiempo que hemos estado Raquel y yo separados ha servido para que comprenda que en realidad lo que nos unía era nuestra amistad.

Israel asintió feliz al escucharle. Debido a la ausencia de Raquel y Tony, y de la reciente relación de Lucas y su hermana, Jaime y él habían pasado bastantes horas juntos, las suficientes para que ambos llegaran a conocerse muy bien.

Jaime, en una de las muchas noches en que habían quedado, había terminado confesándole los sentimientos que había profesado hacia su mejor amiga y cómo se había sentido cuando apareció

el músico en la vida de ella. Israel, animado por su confianza, también compartió con él su propia experiencia, hablándole de Lucía.

---Pero aun así será duro verlos juntos ---le indicó con pesar.

Jaime se colocó las gafas y se encogió de hombros.

---Hemos ido hablando por Skype y el nombre de Tony aparecía en más de una ocasión ---explicó---

Aunque al escucharlo al principio sentía como si alguien estrujara mi pequeño corazón... ---se calló por unos segundos, recordando cómo se había sentido cuando había retomado el contacto con su amiga---, con el paso de los días me he resignado.

---Jaime...

Este negó con la cabeza.

---Está enamorada de él y la hace feliz. ---Sonrió---. Para mí eso es suficiente.

Israel le revolvió el cabello de nuevo en un gesto cariñoso.

---Sabes que si necesitas hablar...

---Lo tendré en cuenta.

Israel movió la cabeza de manera afirmativa y dio un mordisco al perrito caliente que reposaba en su plato desde hacía bastante tiempo.

---¡Está frío! ---espetó de golpe soltando la comida.

Jaime se carcajeó.

---Normal. Nos hemos olvidado de la comida con los dardos. ---Señaló la diana que colgaba en la pared de ladrillo visto a su espalda.

---¿Quieres comer algo más? ---Empujó la silla hacia atrás con intención de acercarse hasta la barra del bar.

Jaime negó y se señaló el estómago:

---Estoy lleno.

Israel asintió, se alejó hasta detener a Ceci, la dueña del local, que con el tono rosado de su cabello resaltaba entre la gente que allí se encontraba, y habló con ella brevemente.

---Ya está ---indicó en cuanto se sentó de nuevo en su silla.

Su amigo le sonrió.

---Gracias, Isra.

---¿Por qué? Mira que, como me has dicho que no querías comer, no le he pedido nada a Ceci para ti.

---Se levantó de la silla de nuevo con rapidez---. ¿Has cambiado de idea? Me acerco en un momento y...

Negó con la cabeza.

---No, no he cambiado de idea.

Se sentó de nuevo y lo miró confuso.

---Entonces, ¿por qué me das las gracias?

---Por ser mi amigo.

Isra le dio en el hombro, moviéndolo un poco.

---Ahora no te pongas moñas...

Se carcajeó.

---Ni se me ocurriría. ---Bebió de su refresco---. Solo digo, y acabo esta conversación, que también estoy aquí por si me necesitas.

Él asintió sonriente.

---Gracias, pero mis problemas son más fáciles de eludir que los tuyos.

---¿Y eso? ---se interesó apoyando los codos en la mesa, en el momento en que una de las camareras, vestida con el uniforme oficial que Ceci obligaba a llevar a sus empleadas, un vestido *pin-up* además de un delantal blanco, dejaba una gran hamburguesa delante de su compañero.

Israel atrapó la comida con ambas manos y le guiñó un ojo.

---Es muy difícil que vuelva a ver a Lucía, pero tú, a Raquel, en cuanto regrese, te la puedes encontrar por cualquier sitio del pueblo ---señaló como si fuera algo muy evidente para a continuación morder la hamburguesa.

Jaime lo observó por unos segundos para desviar su mirada hacia la entrada del local. Se apartó de la mesa y comenzó a columpiarse sobre las patas traseras de la silla.

---Es más complicado que te encuentres a Lucía ---repitió regalándole una sonrisa traviesa.

Isra asintió mientras intentaba atrapar un par de servilletas de papel para limpiarse la cara.

---Claro, Raquel vive aquí y Lucía... ---tragó la comida que masticaba y bebió un poco de la cerveza---, a saber dónde estará en este momento.

---Sí, a saber dónde se encontrará ---insistió divertido para confusión de su amigo.

Lo observó extrañado, asintió a sus palabras y justo cuando mordía la hamburguesa de nuevo, una voz femenina los saludó.

---Hola, chicos.

Israel tragó como pudo la comida y miró a la recién llegada.

---¿Lucía? ¿Qué haces aquí?

La joven, vestida con una camiseta azul oscuro dos tallas más grande que ella y unos vaqueros negros ajustados, le sonrió divertida.

---Yo también me alegro de verte.

Capítulo 2

Jaime tosió atrayendo la atención de los dos jóvenes.

---Hola, Lucía...

Lo miró confusa.

---¿Nos conocemos?

Asintió regalándole una tímida sonrisa.

---Nos presentaron la última vez que estuviste por aquí. Soy Jaime, amigo de Mónica.

Durante unos segundos lo observó sin saber muy bien quién era hasta que por sus negros ojos pasó un destello de reconocimiento.

---Sí, sí... Perdona. ---Se acercó hasta él y le dio dos besos---. Ese encuentro fue bastante breve y apenas tuvimos oportunidad de charlar.

Jaime se rio.

---Sí, bueno... ---Se quitó las gafas y la miró---. Las circunstancias llevaron a que ni cruzáramos dos frases.

---Quizás podamos resolverlo...

El sonido de una silla al arrastrar sus patas por el suelo los interrumpió. Miraron al causante, que se incorporaba todo lo grande que era y los observaba con cara de pocos amigos.

---¿A qué has venido, Lucía? ---la interrogó Israel de forma brusca.

La joven, si se sorprendió por el tono usado para dirigirse a ella, no lo demostró. Encogió uno de sus hombros, por donde asomaba la tira morada de su sujetador, y le regaló una enigmática sonrisa.

---¿No puedo visitar a un viejo amigo?

Las rubias cejas se arquearon con incredulidad y se cruzó de brazos.

---¿Amigo? No sabía que seguíamos siendo amigos.

Lucía se rio, le golpeó el hombro y se sentó en una de las sillas que había cerca de la mesa que ocupaban sin esperar a que la invitaran.

---Claro, tonto... ---Frotó las manos como si buscara darse calor, algo ridículo en las fechas en que se encontraban, y comentó---: Tengo hambre. ¿Qué me recomendáis para comer?

Los dos chicos se miraron sin comprender muy bien lo que sucedía mientras ocupaban de nuevo sus respectivos asientos.

---Las hamburguesas están buenas ---le recomendó Jaime pasados unos minutos en los que comprobó que su amigo no iba a hablar.

---Pues no me importaría probarlas... ---dijo, pero no hizo intención de moverse, dejando que el silencio se posara otra vez sobre la mesa.

Israel gruñó mientras llevaba su mano hasta la nuca.

Jaime sonrió divertido pasando sus ojos verdes de uno a otro y pensó que esos dos tenían más de una conversación pendiente.

---Voy a pedírtela ---se ofreció levantándose de la silla, en un intento de dejarlos solos.

---Gracias, Jaime. Eres...

Israel gruñó de nuevo y se levantó.

---No, Jaime. Siéntate ---ordenó---. Ya voy yo. ¿Qué quieres para beber?

Lucía se encogió de hombros y se apartó el cabello de la cara.

---No sé. Sorpréndeme.

Él apretó su puño con fuerza y se alejó de la mesa rumiando.

Jaime se rio atrayendo la atención de la joven.

---Eres mala.

---No sé a qué te refieres. ---Puso cara de no haber roto un plato nunca, arrancándole una nueva carcajada.

---Seguro.

Le guiñó un ojo para buscar a continuación al protagonista de la conversación.

---¿Está muy enfadado? ---preguntó pasados unos minutos.

Jaime suspiró y observó a su amigo.

---No sabría qué decirte. ---Lo miró---. Ya sabes cómo es Isra. Amigo de sus amigos, confidente de tus penas y compañero en tus alegrías, pero cuando algo le afecta...

---No exterioriza sus verdaderos sentimientos ---terminó por él y apoyó la cara en su mano sin apartar la mirada del causante de sus desvelos.

El joven se quitó las gafas, miró los cristales y se preguntó para sí mismo cómo podían estar tan sucios si los acababa de limpiar.

---Parece que no se entera de nada, pero en el fondo es solo una fachada para protegerse --- describió a su amigo mientras atrapaba la tela de su camisa e intentaba solucionar lo de sus lentes, pero en el último momento le fueron arrebatadas.

---Así las vas a rayar ---le regañó Lucía. Dejó las gafas sobre la mesa y buscó en la pequeña mochila que llevaba un pañuelo para poder limpiarlas.

---No te preocupes. Es una causa perdida...

Le chistó acallándolo mientras se ponía con la tarea.

---¿Crees que es un buen momento para que hable con él? ---preguntó retomando la conversación.

Jaime observó a Israel, quien hablaba con Alfredo, uno de los camareros, que en ese instante se encontraba detrás de la barra del bar.

---Puede... ---Lucía lo observó con curiosidad tras devolverle sus gafas---. Hasta hace un rato

estaba contento.

---Hasta que he llegado yo.

El joven elevó sus cejas y sonrió.

---Tenéis temas pendientes que debéis solucionar.

Suspiró rendida.

---Lo sé y para eso he venido, pero si es mal momento...

Una hamburguesa con plato incluido aterrizó delante de ella, sobresaltándola. Israel acababa de llegar y, sin muchos miramientos, dejó un refresco al lado de la comida y ocupó su silla de nuevo.

---Si no necesita nada más, *milady*... ---señaló con retintín.

Lucía se apartó el cabello y lo miró con sonrisa mordaz.

---No sé si agradecer tu generosidad.

---Es lo menos que debes hacer por ir a por tu comida y tu bebida mientras descansabas --- replicó resaltando el posesivo con demasiada vehemencia.

La chica se estiró todo lo larga que era simulando un bostezo para a continuación atrapar la hamburguesa con ambas manos.

---Si en realidad vas a ser más listo de lo que parece ---indicó con chanza y mordió su comida, dejándola sobre el plato a continuación. Se le escapó un gemido de puro placer y lamió sus labios con la lengua intentando quitarse un poco de mahonesa que se había quedado prendida en ellos.

Los ojos azules de Israel siguieron sus movimientos con puro deleite, provocando que su dueño atrapara con demasiada fuerza la jarra de cerveza cuando acabó, buscando saciar una sed imprevista.

Jaime no pudo evitar carcajearse, atrayendo la atención de la pareja.

---Creo que me marchó.

---¿Crees? ---preguntó Lucía extrañada.

---¿Adónde te vas? ---saltó Israel al mismo tiempo.

El joven de la camisa de colores se levantó de su silla, le dio un beso de despedida en la mejilla a Lucía y le guiñó un ojo a su amigo.

---Sed buenos ---les indicó sin responderles, alejándose de ellos.

---¿Cómo llegarás a casa? Recuerda que has venido en mi coche. ---le detuvo Israel. Por el tono usado, entre nervioso e implorante, se podría jurar que temía quedarse a solas con Lucía.

Jaime se volvió brevemente, los miró a ambos y se encogió de hombros.

---Iré andando.

---Pero, Jaime...

Le sonrió.

---Nos vemos ---se despidió de los dos, les dio la espalda de inmediato y desapareció por la puerta del establecimiento dejándolos solos entre los parroquianos que se reunían en el bar de Ceci.

Capítulo 3

El silencio rodeó a la pareja.

Al principio intercambiaron miradas, alguna sonrisa o un gesto nervioso, pero no se dirigieron la palabra. Ninguno de los dos sabía qué decirse. Habían compartido tanto y habían metido la pata tantas veces en su relación... Eran tan iguales y al mismo tiempo tan diferentes que ambos temían que, si hablaban, pudieran acabar hiriéndose una vez más. Cualquiera de los reunidos en el bar de Ceci podría pensar que se trataba de dos extraños, que no compartían amistad o incluso sentimientos recíprocos.

Dos desconocidos que acababan de ser presentados y que no tenían ningún lazo de unión.

Todo lo contrario a la realidad.

El miedo los tenía presos y ninguno era tan valiente como para romper las cadenas que los apresaban.

Lucía se refugió en la hamburguesa, notando que, a pesar de que al principio había sentido un enorme placer al saborearla, de pronto el estómago se le había cerrado y era como si estuviera masticando arena.

Israel, tras observar un rato como ella comía, decidió sacar su móvil y cotillear un poco lo que se cocía por las redes.

Pasó casi media hora en la que el ruido de fondo fue la única banda sonora que los acompañó. Las conversaciones de los jóvenes que habían quedado para festejar el final del verano, con los nervios típicos del comienzo del curso, se repetían a su alrededor. Un grupo de cuatro chicos que ocupaban la mesa cercana a la de ellos charlaban sobre la universidad. Iba a ser su primer año y dos de las chicas comentaban su temor al comienzo de las clases, si serían duros o no los profesores, y si volverían a encontrarse.

---¿Te acuerdas? ---le preguntó Lucía a su compañero.

Isra apartó la vista de la pantalla del móvil y la observó confuso hasta que ella señaló con la cabeza la mesa de al lado.

---¿Cuando éramos jóvenes? ---Se pasó la mano por el cabello y le regaló su sonrisa a lo James Dean ---. Yo no sé tú, nena, pero yo sigo considerándome joven.

Lucía se rio al escucharlo y lo empujó levemente.

---No, tonto. Me refería a cuando hablábamos de la universidad, de los profesores y las clases.

---Creo que la memoria te falla. De esas cosas hablabas con Lucas, no conmigo.

Negó con la cabeza mientras pasaba su dedo índice por la salsa que quedaba en el plato ya vacío, y a continuación se lo llevaba a la boca.

Israel siguió cada uno de sus movimientos hasta que se topó con sus ojos negros, que lo observaban.

Un brillo travieso se reflejaba en los iris femeninos, consiguiendo retorcerle el estómago.

---Hasta donde abarca mi memoria ---indicó divertida y señalando con el dedo a los jóvenes---, la mayoría de las veces que hablábamos sobre ese tema, tú estabas con nosotros.

Él se acomodó en la silla y apoyó los brazos en la mesa.

---Me acuerdo de esas conversaciones, de cómo los dos terminabais poniendo a caldo a... --- dudó por unos segundos--- la Torre por el último examen sorpresa que os había puesto.

Lucía se carcajeó.

---Todavía no sé por qué le pusimos ese mote.

---Porque según Lucas era tan alto como una torre ---señaló divertido.

Ella asintió con la cabeza con efusividad.

---Es verdad. ---Se rio al recordarlo---. Todavía opino que habría sido un gran jugador de la NBA.

Israel le sonrió, acercó su cara hasta ella y le dijo: ---Pero no recuerdo estar nervioso por comenzar la universidad. Nervioso por comenzar una carrera o por saber qué profesores podría tener, ya que yo nunca estudié nada más allá del instituto.

Lo observó sorprendida por el tono usado y observó como se terminaba la cerveza que le quedaba en la jarra.

---Isra, yo... Perdona... No sabía que...

Se levantó de la silla y la miró.

---Me voy a casa. ¿Necesitas que te acerque a algún sitio?

Al principio no supo cómo reaccionar, pero al ver la manera en la que él golpeaba impaciente el respaldo de la silla, esperando su respuesta, negó con la cabeza.

---No, yo...

---Está bien ---la cortó---. Pues ya nos veremos ---le indicó a modo de despedida y se alejó de su lado con rapidez.

Lucía observó la espalda masculina y, sin previo aviso, tomó su mochila y fue tras él. En cuanto traspasó la puerta del local, lo llamó a gritos:

---¡Isra, espera!

Este apretó sus puños con fuerza y se volvió para enfrentarla.

---¿Qué quieres ahora, Lucía?

Se acercó poco a poco hasta él y buscó su mirada azul, aunque con la escasa iluminación que había en el porche no podía verla bien.

---Hablar...

Él elevó sus ojos al techo de madera.

---¿Hablar? ---Asintió muda---. ¿Ahora? ---Volvió a mover la cabeza de manera afirmativa---. ¿No has tenido tiempo de hacerlo en el rato que hemos estado ahí dentro? ---Señaló la puerta por la que acababan de salir.

---No vi el momento...

Las risas de Israel la interrumpieron.

---No viste el momento ---repitió de forma brusca, sacó el móvil que llevaba guardado en el bolsillo del vaquero y comprobó la hora que era---. Lucía, es tarde. Mañana tengo que madrugar y lo que menos me apetece es conversar contigo ---dijo escupiendo la última palabra con asco.

---Isra ---lo llamó al mismo tiempo que marchaba tras él---, por favor... ---le imploró sujetándolo del brazo y deteniéndolo cuando llegaron hasta el Camaro amarillo.

Él la observó en mitad de la oscuridad.

---Lucía...

---Lu... ---la llamó una voz que Israel reconoció de inmediato. Se volvió hacia el Seat Ibiza que había aparcado no demasiado lejos de donde se encontraban, y observó a la persona que salía de su interior.

---Elsa...

---Hola, novio ficticio ---lo saludó.

Pasó la mirada de una a otra hermana sin comprender muy bien lo que sucedía.

---Lucía, ¿qué hace aquí tu hermana?

Ella dejó caer sus hombros, rendida ya, y le ofreció una triste sonrisa.

---Necesitamos tu ayuda.

Capítulo 4

Acababan de llegar a la casa de Israel.

Sin pedir ninguna explicación tras el anuncio de Lucía de que necesitaban su ayuda, se subió al coche y les indicó a las dos hermanas que lo siguieran en su Ibiza.

En cuanto dejaron el pueblo atrás, y con cuidado de no perderlas de vista gracias al espejo retrovisor, se metió por el camino de arena que los llevaría hasta su destino.

La carretera estaba a oscuras. Sin ningún alumbrado público que facilitara la conducción, los faros de los coches eran la única iluminación que los guiaba. Para Israel no suponía ningún problema conducir por ese camino, ya que se lo sabía de memoria, pero decidió reducir la velocidad para asegurarse de que las hermanas no se perdieran.

Fueron unos pocos kilómetros hasta que la vivienda apareció delante de ellos, con la luz del

porche dándoles la bienvenida.

Israel aparcó el coche delante de la casa, pensando que ya lo metería en el garaje más tarde, y las chicas no dudaron en imitarlo.

---Pasad dentro ---les señaló mientras subía los tres peldaños que conducían a la puerta. La abrió con rapidez y, sin comprobar si lo seguían, se adentró en el interior de la vivienda de dos plantas.

Elsa miró la espalda del joven con el que apenas había cruzado dos frases desde que le había visto para observar confusa a su hermana a continuación.

---¿Has hablado con él?

---Bueno... ---Se mordió el labio y cerró la puerta del coche evitando enfrentar su mirada.

---¡Lu!

Ella elevó sus manos al cielo y le ofreció una sonrisa inocente.

---No ha habido tiempo.

Un gruñido poco femenino se escuchó en mitad de la noche. Elsa cerró la puerta del coche con demasiada fuerza y se acercó al porche rumiando:

---No ha habido tiempo ---repitió con retintín.

---Elsa, te prometo que lo haré... ---comentó su hermana siguiéndola.

La joven negó con la cabeza y apoyó la mano en el picaporte de la puerta, pero no la abrió. Miró a su hermana y le dio un beso en la mejilla.

---Prométemelo.

Hizo la señal de la cruz sobre su corazón.

---Te lo prometo.

Elsa suspiró, negó con la cabeza rendida, y le susurró al oído: ---Llevas mucho tiempo callando lo que sientes. ---Le señaló el corazón y le sonrió con ternura---

Tenéis que arreglar las cosas.

---Lo sé...

Justo en ese momento la puerta de la casa se abrió, interrumpiéndolas.

---¿A qué estáis esperando? ---las recriminó Israel.

---Ya vamos, ya vamos..., enanito gruñón ---murmuró Lucía sin intención de que nadie la escuchara, pero no fue así.

Elsa traspasó la entrada intentando contener una carcajada e Israel gruñó en cuanto la joven pasó por su lado.

---Hola, bienvenidas ---las saludó un hombre mayor con gafas negras de metal al adentrarse en la casa.

Las dos chicas se agarraron de la mano y le ofrecieron una tímida sonrisa.

---Lucía, Elsa... ---Señaló al hombre---. Este es mi padre, Roger.

---Un placer, señor ---dijo Elsa.

---No queríamos ser un estorbo... ---comentó Lucía, atrapando con más fuerza la mano de su hermana.

El hombre negó con la cabeza.

---Nada, niñas. Los amigos de mis hijos siempre son bien recibidos y más cuando tienen problemas.

---Gracias ---indicaron a la vez.

El hombre asintió y dio una palmada al aire.

---Y ahora, ¿tenéis hambre? Ha sobrado algo de la ternera semiasada que había preparado para la cena...

---No me digas que es con salsa coreana ---saltó Israel en cuanto lo escuchó.

Su padre lo miró.

---Tu hermana y tú me habéis dejado solo esta noche, por lo que me he dado un capricho.

El joven se rascó la nuca y miró sus deportivas negras y rojas.

---Pero ¿habrás hecho de más, verdad?

La risa los envolvió.

---Por supuesto. ---Pasó el brazo por los hombros de su primogénito---. No te iba a dejar sin tu plato favorito.

---Gracias, padre...

Roger le revolvió el rubio cabello y se dirigió hacia la puerta que llevaba a la cocina.

---Chicas, si me seguís probaréis un manjar de dioses.

Las dos jóvenes intercambiaron sonrisas y observaron a padre e hijo para seguir de inmediato al primero.

---Lucía, espera. ---Israel la retuvo, sujetándola del brazo.

Elsa detuvo su caminar y miró a su hermana, que le indicó: ---Ahora voy. ---La joven asintió y desapareció, dejándolos solos.

Israel le soltó el brazo y se alejó de ella un par de pasos. Metió sus manos en los bolsillos traseros del vaquero para sacarlas a continuación. Se acercó hasta el ventanal desde donde se podían ver las estrellas y se pasó las manos por la cabeza. Estaba nervioso y sus movimientos lo delataban.

Lucía lo observó en silencio, escondiendo sus manos en los bolsillos delanteros del vaquero ante el temor de que el joven viera cómo le temblaban.

---Gracias... ---Se volvió al escucharla---. Gracias por ayudarnos ---repitió.

---No tiene importancia.

Asintió con la cabeza.

---Sí, sí la tiene. ---Se mordió el labio inferior---. No nos despedimos en las mejores condiciones la última vez que nos vimos... ---Buscó su mirada---. Hubiera entendido que te negaras a echarnos una mano.

Israel gruñó mostrando lo que pensaba de sus palabras.

---Siempre estoy para mis amigos... ---Lucía sonrió esperanzada al escucharlo---. Además, Lucas me mataría si supiera que no lo he hecho.

La joven asintió decepcionada con lentitud.

---Lucas... ---Atrapó su cabello y comenzó a jugar con él---. De todas formas, gracias.

Israel asintió sentándose en un pequeño taburete que había cerca de la ventana.

---¿Qué ha pasado? ---le preguntó cambiando de conversación---. ¿Tu padre?

Ella se acercó hasta los sofás azules que había enfrente de Israel y apoyó las manos en uno de sus suaves respaldos.

---No... Sí... ---Suspiró---. En realidad, no lo sé.

---¿Cómo que no lo sabes?

Negó con la cabeza dejando caer sus brazos inertes a ambos lados de su cuerpo.

---No sé quién está detrás ---confesó sin fuerzas.

Israel observó su rostro, donde se reflejaba la impotencia que vivía su dueña.

---Venga, Lucía, siéntate y explícame qué sucede.

Le hizo caso sin rechistar. Se acomodó en el centro del gran sofá, justo el que había delante de él, y sintió como los cojines la arropaban. Observó por primera vez con detenimiento la estancia donde se hallaban y comprobó que de las paredes colgaban numerosas fotografías de la familia

que habitaba la casa. En la mayoría de ellas salían los dos hermanos en las diferentes etapas de su vida, a veces solos y otras rodeados de su padre y la que supuso, por el parecido con ellos, sería la madre de Israel y Mónica.

Una gran mesa rodeada por seis sillas a juego, donde reposaba un jarrón con flores silvestres, mostraba el paso del tiempo con orgullo. No hacía funciones de adorno. Los arañazos de su superficie de madera, además de todas las variopintas cosas que había sobre ella, sin relación alguna con la utilización de la habitación, evidenciaban que era un mueble que se usaba mucho.

---Lucía, ¿qué os ha sucedido? ---repitió su anfitrión.

Lo miró avergonzada de que la hubiera pillado registrando su casa y escondió las manos entre sus piernas al mismo tiempo que sentía como sus mejillas se sonrojaban.

---No sé muy bien cómo explicarlo... ---dudó.

---Desde el principio.

Ella asintió y fijó sus ojos en la tela de sus vaqueros.

---No hace mucho comencé a sentir que me seguían, pero nunca conseguía verificarlo. Un día estaba en la secretaría, con el papeleo de la universidad, cuando un escalofrío me recorrió la espalda. Me volví con rapidez para ver si pillaba a quien se había convertido en mi sombra, pero lo único que conseguí fue asustar a la chica que estaba detrás de mí en la fila.

---¿A Elsa también la siguen?

Negó con la cabeza.

---No... En realidad no lo sabe ---indicó---. No conoce la ciudad y, aunque se ha movido buscando trabajo, con diferentes entrevistas, la acompaña una constante sensación de inseguridad.

Israel movió la cabeza de manera afirmativa y apoyó sus manos sobre las rodillas sin apartar la mirada de ella.

---¿Solo te siguen?

Movió la cabeza con lentitud de lado a lado.

---He comenzado a recibir notas anónimas ---susurró sin apenas voz.

---¿Notas? ¿Qué te dicen?

Se llevó las manos hasta el cabello para dejarlas caer a continuación.

---No es importante.

Israel se levantó del taburete y se sentó a su lado, atrapando sus manos.

---Si no fuera importante, no habrías empalidecido. ---Le apartó un mechón del cabello del rostro, dejándolo detrás de su oreja, y le sonrió con cariño---. ¿Qué pone en esas notas?

Lucía observó sus ojos celestes, sintiéndose protegida.

---Insultos... Me llaman puta...

Le apretó la mano y le acarició la mejilla con ternura.

---¿Algo más? ---le preguntó con tranquilidad, aunque por dentro sentía como su sangre hervía al escucharla.

---Que... ---dudó---. Que me va a reeducar para que sea una buena niña ---dijo a media voz.

Israel se levantó de golpe del sofá y observó el paisaje que se veía desde la ventana, dándole la espalda a su invitada. Sentía cómo cada vez estaba más enfadado, cómo aumentaba la necesidad de venganza en su interior por descubrir al culpable del estado de desasosiego en que Lucía se encontraba en ese momento.

La miró de nuevo y observó que parecía más pequeña de lo que era en realidad. Su delgadez y su corta estatura acompañaban a un carácter fuerte, que contradecía lo que a primera vista se pudiera pensar de ella, pero hoy, esa noche, se la veía delicada e indefensa.

Apretó su puño con fuerza y tensó la mandíbula al pensar en el causante de ese estado.

---¿No sabes quién ha podido enviarte las notas?

Negó con la cabeza.

---Al principio pensé en mi padre o en Enric, mi querido cuñado, pero de inmediato deseché la idea.

No serían capaces de hacer algo así.

El joven se sentó a su lado de nuevo y atrapó sus manos.

---Podrían haber contratado a alguien para que os asustara.

Lucía lo miró y negó.

---No actúan de esa manera.

---¿Seguro? ---insistió.

Asintió.

---Consideran que estamos jugando y que, cuando necesitemos dinero, volveremos. No merecemos ni un ápice de su preocupación.

Le apartó el cabello de la cara y atrapó su barbilla, levantándole el rostro para que lo mirara.

---Estás muy segura de ello.

---Es como actuó mi padre conmigo cuando me marché de casa ---confesó---. Sus hijas lo necesitamos, por lo que ya regresaremos. ---Hizo una mueca---. Su tiempo es tan valioso que no le permite preocuparse por intentar hacer que volvamos.

Le acarició la mejilla sin apartar sus ojos de los de ella.

---Es estúpido y un egoísta.

Le ofreció una triste sonrisa.

---Ese es mi padre ---indicó con sorna.

Israel pasó sus manos por el cabello negro y le rodeó la cara con cariño.

---Sé que duele... ---Ella fue a negar con la cabeza, pero le impidió hacerlo---. Es duro que un padre no te quiera a su lado, que no acepte cómo eres e incluso que intente cambiarte. ---Le acarició las mejillas y los labios con lentitud---. Lo que menos esperamos es que aquellos que te dieron la vida se comporten como los monstruos de los que debemos escapar, pero, por desgracia, la vida no está escrita como un cuento de hadas, y a veces nos mete en pesadillas de las que queremos huir.

Lucía cerró los ojos sintiendo como sus palabras envolvían su corazón.

---¿Qué se puede hacer ante eso? ---le preguntó volviendo a fijarse en sus ojos celestes.

---Vivir... ---susurró para sorpresa de ella---. En muchas ocasiones la familia no es la que te rodea, sino la que tú consigues crear al vivir. Elsa, tu tía Rosi, son parte importante de tu vida, pero Lucas y... --- dudó por un segundo--- yo, siempre estaremos a tu lado. ---Señaló su corazón-- -. Aquí, para lo que nos necesites.

Los ojos negros brillaron al escucharlo y le sonrió.

---Isra, yo...

---Chicos, la cena se enfría. ---El padre del joven apareció de pronto, interrumpiendo lo que Lucía le iba a decir y provocando que se separaran de golpe, como si tuvieran un resorte entre los dos que los llevó hasta cada extremo del sofá.

---Ya vamos ---anunció su hijo levantándose pasados unos segundos.

Roger asintió divertido.

---Por si se os olvida, la cocina está detrás de esta puerta. ---La señaló y se rio.

---Papá...

El hombre levantó las palmas de las manos hacia arriba.

---Ya me voy, pero... ---abrió la puerta y movió la cabeza--- estamos aquí.

Israel tomó un cojín del sofá y se lo tiró, errando al golpear la madera. Negó con la cabeza y se pasó la mano por la nuca.

---Payaso...

---Un payaso adorable ---indicó Lucía divertida.

La miró y le ofreció la mano, que ella no dudó en agarrar.

---¿Tienes hambre?

---Un poco ---respondió al mismo tiempo que sus tripas resonaban por la habitación.

---Ya veo que un poco ---repitió divertido mientras tiraba de ella hacia la cocina---. No comprendo cómo estás tan delgada con lo que comes.

Ella se encogió de hombros.

---Quizás tenga un agujero negro en el estómago.

Israel se carcajeó, la despeinó y la empujó dentro de la cocina.

---Ya, un agujero negro...

Capítulo 5

El sol comenzaba a salir por detrás de los árboles. Una neblina rodeaba el verde paisaje y un viento helado se había levantado con el amanecer. La joven, sentada en una butaca del porche, se envolvió mejor con la manta. Se había levantado de la cama hacía un par de horas, por temor a despertar a su hermana, y, sin saber muy bien qué hacer, había decidido esperar el nuevo día sumida en sus pensamientos, rodeada de los sonidos de la naturaleza.

Tras la cena que habían compartido, Israel las había llevado hasta uno de los dormitorios de la planta superior. Una habitación en la que una gran cama de matrimonio destacaba en el centro.

---Tendréis que compartirla ---les indicó el joven.

Elsa se tiró sobre el colchón y agarró una de las dos almohadas.

---No hay problema. ---Lucía e Israel la observaron divertidos.

---Ya la has escuchado ---indicó su hermana---. No hay problema.

Él asintió.

---De acuerdo. ---La miró sin saber qué decir, dudando en si añadir algo más, hasta que al final lo hizo---: Si tenéis frío, en ese mueble hay alguna manta. ---Señaló una cómoda de madera con los cajones pintados de diferentes colores.

---Gracias. Estaremos bien.

Israel movió la cabeza de manera afirmativa.

---Vale, pues me marchó... ---Pero no se movió de la puerta.

Lucía asintió sin apartar la mirada de él.

---Descansa.

El silencio los envolvió.

---Chicos... ---los llamó Elsa ---. Si empiezo a roncar, no os asustéis.

Ambos se rieron.

---Será mejor...

---Sí, será mejor... ---repitió él---. Hasta mañana ---se despidió desapareciendo por el pasillo.

Ella cerró la puerta y observó la espalda de Elsa, quien, hecha un ovillo sobre el colchón, tenía los ojos cerrados.

---¿Duermes?

Su hermana emitió un ruido extraño.

---Lo intento.

Lucía tomó la colcha que había a los pies de la cama y la tapó. Apagó la luz, se quitó los vaqueros en medio de la oscuridad y se echó al lado de su hermana sin demora. Pensó que iba a

tardar en dormirse, pero no fue así. En cuanto cerró los ojos se vio sumida en un profundo sueño hasta que una pesadilla la despertó.

Había intentado volver a dormirse, pero la intranquilidad que le trajo el mal sueño se lo impidió.

Buscó el móvil entre sus pertenencias y salió de la habitación haciendo el menor ruido posible. Se había acostado solo con la ancha camiseta que llevaba cuando llegó al pueblo y no pensó que a esas horas pudiera encontrarse con alguien, por lo que, para no molestar a su hermana, ni se preocupó por buscar un pantalón.

Acabó en el porche, sentada en la misma butaca de madera que ocupaba en ese momento, arropada por una vieja manta de cuadros que había tomado prestada del salón.

El silencio la envolvió y con ello la tranquilidad que su cuerpo reclamaba.

Se acordó de la primera vez que sintió que la vigilaban. Estaba en el Starbucks de al lado de su casa, tomándose un *caramel macchiato* mientras echaba un vistazo a la página web de la universidad en su portátil. Debido al gasto que suponía tener a su hermana en casa, y hasta que esta encontrara un trabajo, no tenía recursos para matricularse de todas las materias que le correspondían en el nuevo curso; debía decidir por cuáles decantarse. Absorta como estaba con el lenguaje académico algo complicado, de pronto notó una sensación extraña en la nuca. Se la rascó, pero seguía molestándole, por lo que se volvió brevemente, observó al resto de la clientela que estaba en la cafetería, y retomó lo que hacía. Se regañó mentalmente por pensar en tonterías y bebió del café hasta que, pasados unos minutos, regresó esa sensación.

Se levantó de la silla con rapidez y miró lo que la rodeaba, pero no encontró nada extraño. Observó la calle que se veía a través del cristal del local, pero siguió sin hallar nada que le llamara la atención. Se pasó la mano por la cara y, soltando el aire que retenía en su interior, decidió marcharse a su pequeño apartamento.

Esa vez fue la primera de muchas.

Los sitios fueron variando: la universidad, la tienda de ultramarinos o la misma calle. Sabía que algo le ocurría y, cuando decidió contárselo a Elsa, fue quien puso en palabras lo que podía estar sucediendo.

---¿Te pueden estar acosando?

Negó con rapidez

---Ni de coña.

Su hermana la miró con rostro serio.

---Entonces son mi marido o nuestro padre.

Lucía volvió a negar con la cabeza.

---No es su estilo. Se habrían presentado delante de la puerta exigiendo que regresaras, antes de jugar conmigo. Además, conozco demasiado bien a padre y él espera que vuelvas con el rabo entre las piernas.

Elsa se sentó en el suelo y cruzó los brazos delante de ella.

---Pues que espere sentado.

La otra se carcajeó.

---Que espere... ---Ambas se rieron---. Además, si fueran ellos, tú también tendrías la misma sensación y no ha sido así, ¿no?

---No, a mí no me sigue nadie.

---Descartamos entonces esa posibilidad.

La mayor asintió conforme.

---Solo nos queda que sea un acosador.

Lucía levantó su ceja incrédula.

---No soy tan famosa como para tener a alguien obsesionado por mí.

Elsa estiró las piernas, embutidas en un pantalón de pijama azul, y le indicó: ---Cuando estuve estudiando, en una de las asignaturas de la carrera, tuve un profesor que nos habló de los acosadores. Te puedo garantizar que, para tener un acosador, no hace falta que seas «famosa» --- explicó haciendo unas comillas imaginarias con los dedos.

Lucía se echó hacia atrás en el pequeño sofá rojo en el que estaba sentada y abrazó sus piernas, apoyando la barbilla sobre las rodillas.

---¿Crees que puede ser eso?

---Tienes que tener cuidado ---le dijo como única respuesta---. Si va a mayores, habrá que tomar medidas.

A partir de esa conversación, Lucía estuvo más pendiente de lo que la rodeaba. Observaba a cada persona que había cerca de ella, volvía sobre sus pasos por si podía pillar in fraganti a quien la estuviera vigilando, e incluso llegó a cambiar los lugares que frecuentaba para despistar a su supuesto acosador.

Todo fue en vano.

Una tarde, al abrir el buzón de su casa, llegó la primera nota anónima. Tras esta vinieron más, y con ellas las preocupaciones de Lucía aumentaron.

No supo qué hacer hasta que Elsa le propuso ir a la policía.

Allí la escucharon, tomaron nota de sus sospechas, se quedaron las notas que había recibido para examinarlas y le prometieron que lo investigarían.

Aun así, Lucía no estaba nada cómoda. No se sentía segura ni en su propio hogar, por lo que, tras consultarlo con su hermana, decidieron que lo mejor era irse de su casa por unos días.

---Serán como unas vacaciones de hermanas ---indicó Elsa intentado quitar hierro al tema que las preocupaba y así alegrarla.

La pequeña se rio, pero en su risa no había ni gota de diversión.

---Unas vacaciones ---repitió mientras metía algo de ropa en una bolsa de viaje---. Espero que mi jefe me guarde el trabajo para cuando regrese.

La mayor le dio un beso en la mejilla y le quitó la maleta de la mano.

---No pienses en ello ahora. ---Lucía asintió no muy convencida---. Además, lo que sí nos urge en este momento es saber adónde nos vamos.

Lucía suspiró mientras le abría la puerta de la entrada y soltó sin pensar: ---Donde Isra.

No quiso analizar con detenimiento por qué había decidido que al lado de Israel estarían bien. Fue la primera persona que le vino a la cabeza, en vez de Lucas, y fue la decisión que tomó en cuanto se sentó en su viejo Ibiza: irían a buscarlo.

Y allí se encontraban, rodeadas de silencio y de naturaleza.

Tembló levemente y tiró de la manta que cubría su cuerpo, intentando recuperar el calor que había perdido con los recuerdos.

---¿No has descansado? ---le preguntó la persona que ocupaba en ese instante su cabeza y que salía de la casa con gesto de no haber dormido nada.

---No mucho ---respondió sonriéndole con pesar, observando como le echaba otra manta por encima ---. Gracias.

Isra le guiñó un ojo.

---No hay por qué darlas. ---Se alejó de su lado y le dio la espalda sin apartar la vista del bosque que crecía delante de la casa.

El silencio volvió a aparecer al poco de la llegada del joven, pero, en esta ocasión, se sintió acogida por él.

---¿Tú tampoco has dormido mucho? ---se interesó, atrayéndolo de nuevo hacia ella mientras negaba con la cabeza.

---No he podido. Tenía mucho en lo que pensar. ---Se sentó en el escalón que llevaba hacia el jardín y apoyó la espalda en el poste de madera del porche.

---Espero que no haya sido por mi culpa.

Él se rio.

---¿No lo creerás en serio?

Lucía se mordió el labio inferior y sintió como sus mejillas enrojecían.

---Yo no... ---dudó--- no quería molestar.

Él le golpeó la pierna con cariño y negó.

---No molestas.

Se callaron de nuevo hasta que la joven se atrevió a preguntar: ---¿Y en qué pensabas?

Israel la observó, dejando que su mirada se centrara en su rostro, en cada uno de los delicados rasgos que lo conformaban.

---En lo que me has contado. La razón por la que estáis aquí Elsa y tú ---explicó.

---¿Solo? ---insistió esperanzada.

Sus ojos celestes buscaron los oscuros de ella, y movió la cabeza de lado a lado.

---No ---respondió.

Capítulo 6

El corazón de Lucía comenzó a latir desbocado. Desconocía si era por la esperanza que nacía con timidez en su interior o por el temor a que su sueño no se pudiera alcanzar. Una situación que le era extraña, ya que ella solía ser la misma personificación de la seguridad. Tenía las cosas claras, nada la alteraba ni nadie la afectaba tanto como para convertirse en una enamoradiza en plena edad del pavo hasta que...

Llegó a su vida un demonio con ojos de ángel que conseguía alterarla con un simple saludo, una simple sonrisa o una mirada... La ponía nerviosa y ese era el motivo de sus desavenencias cada vez que estaban juntos.

Se toleraban por Lucas, su amigo, pero no se soportaban o... De eso se había autoconvencido al conocerlo; de que para compartir la amistad de Lucas, debía aguantar el insoportable carácter de Israel.

El médico era un gran amigo, un confidente, podía contar con él siempre que lo necesitara, y si debía tolerar al acoplado de Israel, lo haría aunque tuviera que morderse la lengua en más de una ocasión.

Callarse... Le costaba.

Saltaba a la mínima y eso... Eso lograba superarla todavía más.

Y él, el demonio de ojos angelicales, no se lo ponía nada fácil. Los dos eran como el perro del hortelano, que ni come ni deja comer al amo.

Estaba resignada...

Se autoengañaba a sí misma... Se dio cuenta con el tiempo de que lo que en realidad no soportaba era lo que él conseguía hacerle sentir.

---¿Y qué es lo otro que te ha impedido conciliar el sueño? ---susurró la pregunta para el cuello de su camisa, casi con temor de que él la escuchara.

Isra sonrió divertido.

---¿Y ese interés? ¿Te has levantado con síndrome de cotilla?

La cara de Lucía se sonrojó.

---No seas tonto ---dijo eludiendo contestarle---. Es solo por si puedo ayudarte a encontrar una

solución. No vaya a ser que esta noche tampoco puedas dormir. ---Le guiñó un ojo travieso intentando camuflar sus sentimientos.

Isra la observó en silencio como si estuviera analizando la verdad de sus palabras.

---No sé si podrías ayudarme ---indicó mientras atrapaba uno de sus desnudos pies y comenzaba a acariciárselo.

---Prueba... ---lo tentó, sintiendo miles de escalofríos recorrerla de arriba abajo gracias a sus manos.

La miró de lado, dejando que sus dedos pasaran por el empeine del pie, por el tobillo, hasta ascender por la pantorrilla sin encontrar ninguna resistencia, robándole el aliento.

---Hay una chica...

Lucía emitió un leve grito atrayendo su atención por unos segundos.

---Perdona, ha sido un calambre ---mintió.

Él, tras sonreírle, prosiguió con las caricias.

---Hay una chica ---repitió--- que me gusta mucho, pero...

---¿Pero? ---preguntó de golpe, interrumpiéndolo.

Israel la miró con intensidad.

---Tiene pareja. ---Se encogió de hombros y siguió pasando sus dedos por las piernas desnudas de ella.

La joven observó su cabello rubio, fascinada por esos rizos que no seguían un orden determinado.

Acercó la mano hasta ellos, tentada por la suavidad que conocía tan bien, pero en el último momento se arrepintió. La retiró con rapidez, sin llegar a tocarlos, y la escondió debajo de la manta.

Él, atraído por sus movimientos, la miró extrañado.

---¿Estás bien?

Asintió.

---Solo es que estoy destemplada ---mintió de nuevo.

Israel achicó los ojos, calibrando si creerla o no.

---Eso tiene fácil solución.

---¿Cuál? ---se interesó.

---Siéntate a mi lado y te daré más calor ---dijo sin apartar sus ojos de los de ella.

Lucía lo observó sin saber muy bien si hacerle caso o no, hasta que tomó una decisión. Se levantó de la butaca que ocupaba, se echó una de las dos mantas sobre los hombros, y se sentó al lado de Israel en las escaleras.

Él echó por encima de sus piernas la otra manta y pasó el brazo por sus hombros, atrayéndola un poco más hacia él.

---¿Mejor? ---preguntó mientras enredaba sus dedos entre los negros mechones del largo cabello de Lucía.

Ella solo movió la cabeza de manera afirmativa, dejando que su cabeza se apoyara sobre el hombro masculino a los pocos segundos.

El silencio los arropó.

El canto de un pájaro se escuchó no muy lejos de ellos y el sol comenzó a verse por el horizonte.

---¿Has hablado con ella? ---lo interrogó al poco tiempo.

Israel detuvo las caricias que le prodigaba en el pelo durante un instante, sorprendido por la pregunta.

---¿Con quién?

Lo pellizó en el brazo.

---Con esa chica, tonto.

El joven sonrió mientras la obligaba a que ocupara el mismo lugar que antes, sobre su hombro.

---Hablar, no hemos hablado...

---En una relación lo importante es hablar. Debes saber si esa chica te corresponde ---comentó.

---Existe la química ---soltó divertido.

Lucía no pudo evitar también sonreír al escucharle.

---No te negaré que es importante, pero no es lo único.

Los dedos del joven descendieron por el cuello femenino con lentitud.

---También hay mucho de físico en nuestra relación.

Ella se apartó de su lado y le golpeó en el hombro, haciendo que él emitiera un grito de dolor.

---Te lo mereces ---le señaló mientras se colocaba de nuevo en la misma posición.

Israel se rio, pero no añadió nada más, retomando sus caricias.

Pasados unos minutos, Lucía volvió a la carga.

---¿Sabe ella que te gusta?

Él se carcajeó.

---Eso espero o, si no, no se habría acostado conmigo... ---Puso los ojos en blanco como si estuviera recordándolo y luego soltó---: Dos veces.

Lucía se apartó de nuevo de él con rapidez para golpearlo otra vez en el mismo sitio que antes.

---¿Insinúas algo?

Levantó las palmas de las manos hacia arriba en son de paz, riéndose.

---Solo espero que fuera tan increíble para ella como lo fue para mí.

Lo miró asombrada y algo abochornada por su comportamiento. Pasó su mano por el lugar donde lo había golpeado y apoyó la frente en su brazo, evitando que le viera la cara.

---Perdona, yo...

Isra siseó acallándola. Tomó su barbilla y la obligó a mirarlo.

---¿Por qué?

---Por el golpe, por interrumpirte cada dos por tres cuando necesitas una amiga que te escuche, por...

---Lucía, no necesito una amiga que me escuche ---la cortó, posando las manos en su cara---. Necesito solo que me respondas con la verdad a una pregunta. ---Fijó sus azules ojos en los negros de ella y esperó a que asintiera---. ¿Sigues con Fátima?

Ella observó la seriedad de su rostro, su nariz de corte patricio, sus gruesos labios y su recia mandíbula. Devolvió la atención a su mirada angelical, que en ocasiones solía brillar como si fuera la del mismísimo diablo, y negó con la cabeza.

---El último día que estuvimos juntos fue también el último día que estuve con ella.

Israel soltó el aire que retenía en su interior sin saberlo.

---¿Por qué?

La joven levantó su dedo índice con rapidez.

---Dijiste que solo sería una pregunta.

Le sonrió como si acabara de pillarlo haciendo una travesura.

---Esta mañana tengo el mismo síndrome de cotilla que tú.

Se rieron a la vez.

---Respóndeme tú a una pregunta y yo saciaré tu vena cotilla.

Israel simuló que se lo pensaba para asentir de inmediato.

---De acuerdo, dispara.

---¿Por qué no me llamaste?

Le acarició la mejilla con reverencia y se incorporó, internándose en el jardín que había en la parte trasera de la casa, limitado por los árboles. Sabía a qué se refería, sabía que le preguntaba por qué no volvió a contactar con ella tras la primera noche que compartieron y sabía que, aunque debía llegar ese momento, su cabeza todavía no encontraba una razón convincente a su comportamiento.

---Por cobarde ---espetó de golpe sorprendiéndolos a ambos.

Lucía se arrebujo en la manta y sin dudarle fue tras él.

---No te entiendo ---insistió buscándole la mirada.

Los ojos celestes la miraron, y ella pudo jurar que un halo de tristeza navegaba por sus iris.

---Aquella noche fue... ---buscó la palabra exacta que describiera lo que vivieron--- increíble. Pensé que iba a ser un simple encuentro sexual. Acostarme con alguien por la que me sentía atraído. ---Le acarició la mejilla---. Pero cuando nos acostamos... Sentí... ---dudó---. Sentí...

---Que podías alcanzar las estrellas a mi lado ---terminó la frase por él.

Isra asintió, posó la mano en su cara y se acercó hasta ella, apoyando sus frentes.

---Las estrellas nunca brillaron con tanta intensidad hasta aquella noche.

Ella sonrió al escucharlo. Se sentía identificada. Esa noche fue especial para ambos y al oírle decirlo, se sentía feliz de verse correspondida.

---Pero no me llamaste, no volvimos a vernos hasta que...

---Lucas nos reunió de nuevo. ---Ella asintió recordando ese momento.

Una tarde como cualquier otra quedó con Lucas para tomar algo y ahí apareció Isra. Al principio los dos se miraron sorprendidos de verse allí. Su amigo no les había informado de que estaría el otro, pero luego...

---Hablabas como si no hubiera ocurrido nada entre nosotros. Te comportabas como si todo siguiera...

---Igual ---acabó por ella.

La pareja se acordaba de ese día como si fuera ayer.

Ninguno supo reaccionar. Ninguno supo acortar las distancias que sus miedos les habían llevado a crear. Solo supieron hacer una cosa: ignorar lo compartido.

---Aquella noche lo importante era el presente, no quisimos pensar en el futuro. No creíamos en los cuentos con finales felices... ---recordó Israel.

Ella asintió posando las manos en sus caderas, donde se asentaba el pantalón del pijama.

---Éramos «amigos»... ---Levantó sus manos haciendo unas comillas imaginarias con los dedos.

---«Amigos». ---Imitó sus movimientos, interrumpiéndola.

Le sonrió y lo golpeó en el estómago, haciéndole reír al mismo tiempo.

---Sabes a lo que me refiero.

Israel asintió.

---Te entiendo... ---Le acomodó un mechón negro del cabello detrás de la oreja y le acarició la mejilla ---. Por favor, continúa.

Movió la cabeza de manera afirmativa.

---Temía que lo nuestro se rompiera al compartir cama y...

---¿Por eso lo de pensar en el momento? ---Asintió---. Seré tonto ---soltó de pronto sorprendiéndola, alejándose de su lado---. Tonto, tonto... ---repetía mientras se golpeaba la frente.

---Isra, ¿qué ocurre? ---Fue detrás de él, atrapando su brazo y obligándolo a detenerse.

---Antes, cuando me has preguntado la razón por la que no te llamé... ---Movió la cabeza de forma afirmativa---. Te dije que porque fui un cobarde...

---Sí, pero no lo entiendo ---lo cortó.

Él atrapó su cara con ambas manos y enfrentó su mirada.

---No te llamé, no volví a comentarte nada de lo que vivimos porque pensé que era lo que tú querías ---confesó---. Pensé que solo buscabas estar conmigo una noche...

Lucía llevó la mano hasta su mejilla y negó con la cabeza.

---Yo pensé lo mismo de ti.

Los dos se miraron comprendiendo por primera vez que se habían comportado como un par de tontos.

---No queríamos creer ni en príncipes ni en princesas...

---Y acabamos escribiendo nuestro propio cuento de hadas.

La pareja volvió a reírse al recordar las palabras que compartieron aquella noche.

---Vaya par de bobos ---señaló ella.

Isra asintió y le dio un beso en la boca sorprendiéndola.

---Unos bobos muy listos.

Ella levantó una ceja incrédula al escucharlo.

---¿Unos bobos listos?

Él asintió de nuevo.

---Listos porque estamos enamorados el uno del otro, y bobos porque ha tenido que pasar tiempo para darnos cuenta de ello.

Lucía se carcajeó.

---Muy seguro de ti mismo estás para decir que estoy enamorada de ti.

Se le acercó veloz y la abrazó por la cintura.

---¿Por qué rompiste con Fátima cuando regresamos de casa de tu padre? ---La joven enrojeció ante el escrutinio de Israel, que no apartaba la mirada de su cara---. Una pregunta por otra, ¿te acuerdas?

Ella intentó zafarse de su agarre, pero, al no lograrlo, se rindió. Posó las manos en sus brazos y lo miró a los ojos.

---Por ti.

Le regaló una gran sonrisa.

---Ves, estás enamorada de mí hasta las trancas.

Lucía no pudo evitar carcajearse al escucharlo.

---¿Hasta las trancas? ---Él movió la cabeza de manera afirmativa---. Y tú, ¿cómo estás enamorado de mí?

Sus ojos buscaron su negra mirada, lo que le permitió comprobar como las estrellas brillaban en su interior.

---Sueño contigo a todas horas, oigo tu voz aunque no estés cerca de mí y tu aroma... ---acercó la nariz hasta su cuello para inhalar su olor--- me persigue allá por donde vaya. No duermo, no como...

La risa de ella lo interrumpió.

---No exageres, que no me creo que no hayas alimentado ese buche en estos días. ---Le tocó la tripa y le sonrió.

Él le guiñó un ojo travieso.

---Creí que un poco de poesía vendría bien para este momento.

Lucía volvió a reírse.

---Para ya de poesía y bésame.

Isra se llevó la mano hasta la sien, imitando un saludo militar, y sin demora se abalanzó sobre su

boca, donde los labios femeninos lo recibieron con un gemido de bienvenida.

Capítulo 7

Los besos aumentaron entre la pareja.

La manta con la que se tapaba Lucía cayó al suelo sin que ninguno de los dos le prestara atención, permitiéndole colar las manos por debajo de la camiseta del joven y dejando que sus dedos acariciaran su piel, delineando cada uno de sus músculos mientras los labios de Israel se apoderaban de su boca y su lengua jugaba con su gemela.

Él la abrazó, llevó las manos hasta su trasero y la elevó unos centímetros, obligándola a enrollar sus piernas alrededor de sus caderas. Sin despegar sus labios, saboreando sus besos, dejando que sus lenguas se enlazaran en una danza sensual, los dos se alejaron de todo lo que los rodeaba. Solo existían el uno para el otro y las sensaciones que compartían.

Miles de temblores comenzaron a recorrer los cuerpos de la pareja, escalofríos que partían de lugares dispares y que circulaban con gran rapidez hasta las terminaciones nerviosas mientras los latidos de sus corazones se aceleraban.

Las respiraciones aumentaron y la necesidad de acortar la escasa distancia que los separaba crecía.

Israel se separó reticente de su lado a pesar de las quejas de ella. Atrapó su cara y la miró a los ojos, observando la pasión que los desbordaba; la misma pasión que anidaba en los suyos.

---Si no paramos ahora, no podré hacerlo más adelante.

Ella lo observó, descendió la mirada hasta sus labios y, sin previo aviso, atrapó el inferior con los dientes, para pasar de inmediato al superior. El joven no pudo evitar emitir un gruñido que le supo a gloria a Lucía.

---No pares ---le exigió, ofreciéndole una sugerente sonrisa.

Él le acarició el cabello y dejó que sus manos pasaran por su rostro, dando vía libre a sus dedos, que le acariciaron la boca con veneración.

---Aquí nos pueden ver...

Lucía miró a su alrededor y, tras cerciorarse de que tenía razón, le indicó: ---Pues vamos a otro sitio.

Israel no pudo más que reírse al escucharla. Atrapó la manta que se había caído al suelo y se acercó al porche, donde estaba la otra tela, sin soltarla de la mano.

---Corre al piso de arriba y ponte tus zapatillas ---le ordenó.

Ella lo miró sin comprender.

---¿Para qué?

---Nos vamos de excursión ---señaló echándose la ropa de abrigo sobre un hombro.

Lucía no lo dudó ni un segundo más. Se internó con rapidez por la casa para aparecer de inmediato de nuevo delante de él con las deportivas ya puestas y un pantalón corto que asomaba por debajo de la enorme camiseta que había utilizado para dormir.

Él asintió conforme con su vestuario.

---¿Has sido rápida?

Le regaló una sonrisa cómplice.

---Me dijiste que corriera, y es lo que he hecho.

El joven se rio, atrapó su mano otra vez y se dirigió hacia el bosque que había delante de la casa. Ella no dudó en seguirlo.

En cuanto llegaron al linde del bosque, se adentraron por un pequeño camino que a primera vista era casi invisible. Delante de ella iba Israel, guiándola, agarrándola de la mano como si temiera que pudiera huir de su lado. Lucía andaba tras él, pendiente de lo que pisaba, con cuidado de no

tropezar y, en cuanto podía, levantaba la mirada atenta a todo lo que los rodeaba.

Los árboles eran muy altos, tan altos que impedían que la luz del sol traspasara su follaje. Los pocos rayos que lograban asomarse por las verdes hojas imprimían al ambiente un halo etéreo que se alejaba de la realidad, a la par que los pasos de la joven pareja, que, según se internaba entre la espesura, se distanciaba cada vez más del mundo real.

---¿Estás bien? ---le preguntó mirándola de reojo.

Asintió.

---Sí, pero ¿queda mucho?

La risa masculina se escuchó entre los árboles, silenciando los pocos trinos de los pájaros que comenzaban a despertar.

---Poco... ---Tiró de su mano y la puso a la par de él, justo cuando el camino se ensanchaba unos metros y la luz del sol aumentaba.

Delante de ellos se abría una escalera construida de manera rudimentaria, con una barandilla algo inestable de madera, y que utilizaba piedras de diferentes tamaños para dar forma a los escalones.

---Esto es precioso ---dijo Lucía mirando lo que los envolvía para a continuación comenzar a bajar por la escalinata.

Israel, con cuidado de que no tropezara, la agarró de la mano deteniéndola. Atrapó su cara y la besó.

---Tú sí que eres preciosa.

Las mejillas de la joven enrojecieron ante el piropo. Le golpeó en el estómago y giró sobre sus pies para continuar andando, no sin antes regañarlo:

---No seas bobo.

---Bobo pero listo ---añadió haciéndola reír, mientras sus manos le acariciaban el cabello suelto.

---No me convence mucho eso ---indicó Lucía volviéndose de nuevo hacia él cuando descendió el último escalón.

Israel la abrazó por la cintura sin que su sonrisa desapareciera y la empujó, obligándola a caminar marcha atrás.

---¿Cómo crees que podríamos calificarnos? ---preguntó siguiéndole el juego.

Ella apoyó las manos sobre sus brazos y se dejó guiar por él mientras buscaba cómo podrían describirse.

---Un par de tortugas carey...

---¿Tortugas qué? ---la interrogó extrañado.

---Carey ---repitió divertida.

---Aaah... No te puedo negar que suena mejor que dos bobos muy listos.

Lucía le pellizcó el brazo haciendo que se quejara teatralmente de dolor.

---No seas tonto.

La miró divertido.

---A ver, en qué quedamos, ¿tonto o tortuga carey?

La joven no pudo evitar carcajearse, viéndose de inmediato acompañada por él.

---¿No decías que preferías otro nombre? ---Se encogió de hombros e hizo un puchero con la boca.

Israel cesó de caminar, deteniéndola al mismo tiempo, y llevó sus manos hasta ambos lados de su cara.

---Me gusta lo de tortuga carey, pero vas a tener que explicármelo. ---Le guiñó un ojo.

---Claro. ---Intentó darse la vuelta para continuar andando, pero él se lo impidió.

---Aquí está bien.

Lucía lo miró extrañada, pero comenzó a explicarle por qué se le había ocurrido ese nombre.

---Tortugas porque hemos sido muy lentos en reaccionar...

---Muy muy muy lentos ---la cortó en broma recibiendo un nuevo pellizco por su parte---. ¡Eh! Que soy muy delicado y luego me salen cardenales.

Lucía, aunque se rio al escucharlo, pasó su mano con delicadeza por la zona dañada.

---Perdona... ---se disculpó sin perder la diversión que compartían---. ¿Mejor?

Isra se encogió de hombros.

---Un beso ayudaría...

Ella se acercó hasta el brazo donde le había infligido dolor e hizo lo que le pedía.

---¿Mejor?

---Bueno... Yo hablaba de otro tipo de beso.

La ceja morena se elevó incrédula.

---¿Otra clase de beso?

Él asintió al mismo tiempo que atrapaba su boca para devorarla con una pasión renovada.

Lucía se apoyó en sus hombros para evitar perder el equilibrio y abrió los labios dando la bienvenida a la lengua masculina en un ardiente beso que consiguió subirles la temperatura.

---Mejor ---indicó con una amplia sonrisa Israel al separarse de ella.

---Me alegro ---respondió algo cohibida.

---Y ahora, ¿me explicas lo de Carey?

La risa femenina los envolvió.

---Hay un estudio realizado en las islas Seychelles que habla de que estas tortugas mantienen una relación exclusiva durante el período de reproducción y crianza.

Israel elevó su ceja dorada.

---¿Exclusividad?

Lucía sintió como su cara adquiría un tono de rojez que hasta ahora no había experimentado.

---Ya sé que es pronto para hablarlo, que en realidad acabamos de comenzar...

La boca del joven se cernió sobre la de ella acallándola, la agarró de los hombros y, tras finalizar el beso, le acarició la mejilla con adoración.

---Me parece bien, si es lo que tú quieres. ---Ella asintió convencida sin decir ninguna palabra más---

Y ahora... ---Le besó la punta de la nariz---. Cierra los ojos.

Lucía arrugó el ceño ante su petición.

---¿Para qué?

La despeinó con cariño e insistió:

---Confía en mí. Cierra los ojos.

Observó la diversión de sus iris azules y, tras pensárselo durante unos segundos, hizo lo que le pedía.

Israel posó sus manos en su cintura y la obligó a girar sobre sus pies. Sin separarse de ella, la hizo andar hacia delante unos pocos metros y, cuando creyó que era conveniente, la soltó.

---Abre los ojos.

Lucía hizo lo que le solicitaba de inmediato, quedándose sin palabras ante el paisaje que se abría frente a ella.

Acababan de llegar a un pequeño banco de arena en forma de abanico, cercano a un gran lago donde las tranquilas aguas azules brillaban gracias a los rayos del sol. Los árboles del otro lado del estanque la saludaban desde la lejanía con el movimiento del viento, y unos pocos pájaros

volaban en forma de V, atravesando el cielo sin nubes.

---Es increíble.

Israel, que no había apartado la mirada de ella, empapándose de los miles de sensaciones que aparecían en su rostro con las vistas que tenían delante, asintió feliz de que le agradara su pequeño rincón especial.

---Me alegro de que te guste.

Ella lo miró.

---¿Gustarme? Me apasiona. ---Se quitó las deportivas que llevaba y se deshizo de los cortos pantalones que se había puesto con las prisas. Se acercó hasta la orilla del lago y metió los pies en el agua.

---¿Qué haces? ---le preguntó divertido al ver como saltaba cada vez que el escaso movimiento del líquido llegaba hasta ella.

---Probar el agua ---dijo lo evidente.

Israel se carcajeó, soltó las dos mantas que llevaba sobre la arena y se deshizo de su propio calzado.

---¿Y cómo está? ---se interesó sin poder evitar seguir riéndose.

Lucía se volvió para verle la cara.

---Buena. ---Se deshizo de la camiseta para sorpresa de Israel y se sumergió en el agua llevando como única prenda unas braguitas negras.

El joven se quedó mudo ante lo que acababa de presenciar y hasta que no vio como sacaba la cabeza de debajo del agua no volvió a respirar.

---¡Estás loca!

---Una loca tortuga carey ---le gritó riéndose.

Él negó con la cabeza entre divertido y excitado, absorto en lo bella que se la veía con el cabello mojado y en como las gotas de agua se deslizaban por su piel. Se llevó la mano hasta el cabello y tomó una decisión: se deshizo de los pantalones y la camiseta, y se adentró en el agua tras ella.

Capítulo 8

---Hola ---lo saludó Lucía cuando llegó a su altura, abrazándole del cuello.

---Hola ---repitió él, agarrándola por la cintura.

Estaban solos, en mitad del lago, rodeados por la naturaleza que comenzaba a despertar a esas horas tan tempranas. Absortos en los ojos del otro, mientras el agua los acariciaba al son de sus movimientos.

Israel pasó su dedo por el cuello de ella, reteniendo una pequeña gota que se deslizaba por la piel femenina, y ascendió con lentitud hasta las oscuras cejas para delinear a continuación los rasgos que conformaban su rostro.

Lucía abrió la boca con intención de decirle algo, pero al sentir como le acariciaba los labios, instintivamente sacó la lengua provocándole.

Sus miradas seguían prendadas la una de la otra.

Sus respiraciones se enlazaban.

El dedo dibujó de nuevo la curva rosada y la boca de ella se abrió con lentitud, atrapándolo con suavidad. La lengua saboreó su piel, tentándolo.

Una de las manos de Israel se deslizó por su trasero, bordeando las braguitas negras hasta que se coló por su interior.

Ella no pudo evitar dar un salto por la intromisión, y el joven respondió con una atrevida sonrisa.

Lo miró de lado y, sin previo aviso, le mordió el dedo que seguía en el interior de su boca provocando que Isra lo sacara de inmediato.

Se apartó de ella y se lo chupó con mimo, intentando aliviar el dolor.

---Oye, que duele.

Ella le devolvió la misma sonrisa que él le había dedicado segundos antes, se le acercó mordiéndose el labio inferior y atrapó su mano. Miró el dedo y comprobó como resaltaban en rosado las marcas de sus dientes, arrepintiéndose de pronto de lo que había hecho.

---Perdona... Me has puesto nerviosa... ---Besó la zona dañada y la lamió con reverencia.

La mano libre de él se posó sobre su mejilla, dejando que su pulgar la acariciara con dulzura.

---No pasa nada ---susurró, recuperando la posición que tenía con anterioridad---. Si no quieres jugar...

Ella lo miró y negó con la cabeza para, a continuación, asentir con rapidez.

Israel se carcajeó, acercó su rostro al de ella y le acarició los labios con su lengua al mismo tiempo que Lucía seguía lamiendo su dedo. Ambas se encontraron con delicadeza, los labios se unieron y un gemido salió del interior de la pareja.

La mano masculina descendió con demasiada lentitud por el cuerpo de ella, rozando brevemente su pecho, para avanzar en su escrutinio por el plano estómago hasta el linde de tela. Se apartó de ella y fijó su mirada en los ojos negros, coló el dedo índice por debajo de la braguita y acarició la tersa piel.

Lucía retuvo la respiración sin decir nada.

Un nuevo dedo de Israel traspasó la prenda, consiguiendo bajar la lencería un poco por la presión ejercida.

La joven avanzó un par de pasos hacia él. Dejó la mano apoyada en su cadera y apretó sutilmente las uñas sobre su piel, instándolo a continuar.

Isra sonrió de nuevo, acercó su boca hasta la de ella y, sin previo aviso, dejó que sus dedos acariciaran los labios genitales.

Lucía ahogó un gemido.

Israel adoró la piel húmeda.

Los dos se miraron y sus bocas se reencontraron. Sus lenguas salieron urgentes buscándose, conocedoras de lo que les hacían sentir a sus dueños y ansiosas por repetir sus caricias.

La joven se agarró a su cintura y deslizó las manos hacia su trasero, obligándolo a que se acercara aún más. Israel no dudó en hacerle caso, pero sin descuidar la atención que prodigaba a su zona más íntima.

---Isra... ---lo llamó como si se encontrara en mitad de un desierto y estuviera sedienta de sus caricias y sus besos, de sus atenciones y mimos... Sedienta de él.

Este la miró y, sin dudarle un segundo más, se deshizo de las bragas y de sus propios calzoncillos. La elevó sobre sí misma y la obligó a enrollar sus piernas alrededor de su cintura.

Lucía no lo dudó, encontrándose, para su sorpresa, el erecto pene dispuesto a internarse en su interior.

---Estoy sano ---anunció descolocándola---. He donado hace poco sangre y los análisis están bien.

Lucía, de pronto, comprendió su confesión. Allí, en mitad del lago, no tenían posibilidad de usar protección alguna, por lo que agradecía la información que le ofrecía.

---Yo también estoy bien. ---Le acarició la cara---. Y tomo la píldora para regular la regla.

Asintió feliz por su explicación.

---Entonces...

---Entonces... ---repitió Lucía abrazada a él por las piernas y los brazos, sintiendo sus manos en el trasero.

Con una estocada limpia, Israel introdujo su duro miembro en el interior de ella, arrancándole un grito de satisfacción.

Los dos se miraron sonrientes.

---Se está bien ---indicó él.

Ella le acarició la boca y asintió.

---Muy bien.

Él miró a su alrededor y devolvió la atención a la joven que tenía entre sus brazos.

---¿Y ahora qué?

No pudo evitar reírse ante la pregunta.

---¿Es difícil? ---se interesó, sabiendo que, aunque estaban lo más cerca que cualquiera pudiera estar, no era la mejor posición para alcanzar lo que ambos necesitaban.

Israel asintió con la cabeza mientras avanzaba con lentitud hacia la orilla.

---Un poco, pero... ---le mordió la barbilla--- lo estoy solucionando y... ---detuvo su caminar brevemente, moviendo sus manos por las pantorrillas de ella, para comenzar a andar de nuevo--- está siendo gratificante esta caminata.

Lucía se carcajeó, callando de pronto cuando sintió como el pene ahondaba más profundamente en su interior. Se agarró a uno de sus hombros y expulsó el aire que retenía sin saberlo.

---Sí... Es una experiencia... ---gimió--- interesante.

Israel se detuvo, atrapó su labio inferior para pasar a continuación al superior y, sin separarse de ella, la tumbó sobre la arena en cuanto llegaron a la orilla.

Sus miradas se reencontraron de nuevo.

---¿Mejor? ---le preguntó moviendo sus caderas.

Ella asintió, arqueándose.

---Mejor.

Se besaron de nuevo y sus movimientos aumentaron.

Solo importaban ellos dos. Lo que compartían. Sus sensaciones. Sus cuerpos. El uno para el otro en su propio mundo.

El agua lamía sus cuerpos.

La arena los arropaba.

Todo bajo su particular banda sonora, donde los resuellos se entrelazaban y los gemidos eran miel para sus oídos.

Una nueva estocada.

Un nuevo envite.

Y su mundo estalló en miles de estrellas fugaces.

Los dos se miraron. Compartieron un nuevo beso y una sonrisa los acogió.

---¿Estás bien? ---le preguntó él apartando su cabello de la cara.

Lucía asintió, dejó que sus dedos delinearan su recia barbilla y le dio un nuevo beso.

---Con arena en el culo, pero por lo demás... ---Ambos se carcajearon.

Israel le dio otro beso y se apartó de ella, levantándose todo lo largo que era. Le ofreció una mano y la ayudó a levantarse.

---Habrás que bañarse otra vez.

Ella asintió, le dio un beso y salió corriendo hacia el agua, no sin antes gritarle: ---Bobo el último.

Él la miró sorprendido, se lanzó tras ella y, cuando atrapó uno de sus pies, tiró de su cuerpo hasta abrazarla.

---¿No hemos quedado en lo de tortugas carey?

Ella se rio.

---Confiesa que te ha gustado.

---Bueno...

Lucía comenzó a hacerle cosquillas en el estómago.

---¡Confiesa!

Israel se abalanzó sobre su boca y le robó un beso con ardor.

---Me gusta ser tu tortuga carey ---espetó volviéndola a besar.

Capítulo 9

La pareja regresaba a la casa entre risas y juegos que los obligaban a detenerse cada poco tiempo, robándose besos y caricias, alternando con carreras o cosquillas.

---Si no hubieras perdido la ropa interior... ---le recriminó divertida Lucía una de las veces.

Israel le palmeó el trasero, jugueteón.

---No habríamos hecho lo que tú y yo sabemos.

Ella se sonrojó, corriendo delante de él justo cuando avistaban la casa, pero no pudo ir muy lejos.

Israel atrapó su mano, deteniéndola a escasos metros del final del camino que atravesaba el bosque, y le pasó un brazo por los hombros.

---Espera un segundo... ---la reclamó.

Lucía lo miró divertida mientras le apartaba los mechones rubios que le caían sobre la cara.

---¿Para?

La abrazó, acercándola aún más a su cuerpo.

---Estoy disfrutando del poco tiempo que nos queda de tranquilidad.

---¿Por qué dices eso? ---Levantó una de sus cejas, confusa.

Él atrapó su cabello con los dedos y se lo llevó a la nariz para olerlo. No se cansaba nunca de su aroma.

---Está mi hermana en casa, y Lucas...

---¿Lucas? ---preguntó ansiosa, intentando darse la vuelta para comprobar lo que indicaba.

Israel se lo impidió, tirando de ella, y colocó sus manos en sus caderas.

---¿Ves? Por eso te lo decía.

Lucía arrugó el ceño y llevó las manos hasta su cara.

---¿No estarás celoso?

Se carcajeó negando con la cabeza.

---¿De Lucas? ---Ella asintió---. Nunca.

---¿Entonces? ---Se puso de puntillas y lo besó. Se alegraba de que la amistad que compartían con el médico no entorpeciera lo que comenzaba a nacer entre ellos dos.

Israel pasó sus manos por el negro cabello sin apartar la mirada de sus ojos.

---Son unos pocos minutos de tranquilidad, antes del interrogatorio.

---¿Interrogatorio? ---No sabía muy bien a qué se refería hasta que comenzó a comprender---.

¿Crees que...? ---Se señaló a sí misma y luego a él, varias veces. No habían hablado de si tenían o no intención de hacer público que estaban juntos y quizás él... no quería.

Lucía sintió un golpe seco en el corazón al pensar en esa posibilidad. Era feliz al lado de Israel y estaba como loca por gritarlo a los cuatro vientos, pero... ¿y si él no lo deseaba?

---En cuanto nos vean juntos, sabrán que escondemos algo.

---Pero pueden pensar que como amigos hemos ido a dar una vuelta.

---Va a ser imposible que no lo noten ---indicó dándole un beso en la punta de la nariz---. Si antes me era imposible alejar mi mirada de ti, de cada uno de tus movimientos... ---le acarició los

labios---, ahora que he disfrutado de tu sabor, que he adorado tu piel y he intentado saciarme de tus besos... ---Posó su boca sobre la de ella y le robó una nueva caricia---. Ahora necesito que todos sepan lo que siento por ti.

La cara de Lucía enrojeció al escucharlo.

---A mí no me importa, si es lo que tú deseas.

La elevó sobre sus pies, feliz de escucharla.

---¿Tú quieres?

Asintió muda y le dio un beso, demorándose en la caricia en demasía.

---No quiero que sea un secreto ---confesó al separarse.

Israel asintió conforme, atrapó su mano con fuerza y comenzó a caminar en dirección a la casa. De pronto sentía la urgencia de reunirse con su familia para anunciarles que Lucía y él tenían una relación.

En cuanto salieron al jardín, Lucas y Mónica, que estaban en el porche, los vieron. El médico desvió su atención por unos segundos hacia el lugar en el que las manos de la pareja estaban unidas, para observar de inmediato a sus dos amigos. La sonrisa que les ofreció fue más que suficiente para la tranquilidad de ambos.

---Habéis madrugado ---señaló Mónica lo evidente en cuanto los tuvo cerca.

---No teníamos mucho sueño ---dijo Israel dándole a su hermana un beso en la mejilla. Saludo que repitió la rubia con la chica que acompañaba a este.

---¿Estáis bien? ---preguntó Lucas ofreciéndole la mano a su amigo a modo de saludo.

---Mejor que bien ---indicó Israel contento.

Lucía, que de pronto sintió como la invadía una desconocida timidez, solo pudo asentir.

---Lucía... ---la llamó Lucas---, ¿todo bien?

La joven lo miró, observó al chico que seguía agarrándola de la mano, y de nuevo devolvió su atención al médico.

---Mejor que bien ---repitió las palabras de Israel, provocando que todos se rieran.

Lucas tiró de ella, separándola de su amigo, y la abrazó.

---Estoy feliz de que estés aquí.

Ella correspondió a su abrazo.

---Y yo...

Los dos hermanos intercambiaron sendas miradas. Israel sonrió a Mónica y esta le golpeó el brazo.

Fue la única conversación que tuvieron sobre el tema. La joven sabía que algo había sucedido entre su hermano y Lucía. Se los veía a ambos felices y para ella era suficiente.

---¿Habéis desayunado? ---les preguntó, echándose a un lado y dejando visible la mesa, en la que había gran variedad de alimentos.

El estómago de Lucía rugió como respuesta, arrancando carcajadas otra vez.

---Anda, sentaos y me contáis por qué mi mejor amiga y su hermana están hospedadas en la casa de mi novia. ---Lucas le guiñó un ojo a Mónica y tomó una silla que había libre para sentarse, esperando que los otros lo imitaran.

Israel no dudó en ocupar un asiento, tirando de Lucía para que se acomodara cerca de él. Sentía que no podía tenerla muy lejos.

---Lo mejor es que ella te lo explique. ---Movié la cabeza hacia la izquierda, donde se encontraba la joven.

Lucía agarró una manzana que mordió de inmediato, ya que estaba más hambrienta de lo que pensaba, y fue a hablar, pero de repente el tono de llamada de un móvil se lo impidió.

---¿Qué es eso? ---se interesó Mónica mientras se servía café.

---Mi teléfono ---respondió la morena, levantándose de la silla que había ocupado para acercarse hasta los escalones del porche, desde donde le llegaba la música.

---¿Lo cogiste esta mañana? ---preguntó Israel.

Ella asintió.

---Elsa estaba durmiendo plácidamente y pensé que, hasta que se despertara, podría entretenerme cotilleando las redes sociales ---explicó mientras lo cogía y leía en la pantalla el nombre de alguien que no esperaba.

---¿Sucede algo? ---se preocupó Israel al verle la cara.

---Es Estefan ---anunció extrañada.

---¿Qué Estefan? ¿Tu ex? ---interrogó Lucas.

---¿Al que dejaste porque no te convencía la relación? ---preguntó Israel sin esperar respuesta de ella.

La joven volvió a mover la cabeza de manera afirmativa. No le extrañaba en absoluto que Lucas le hubiera contado a su amigo lo sucedido con Estefan, o por lo menos lo poco que ella le había explicado al médico, ya que no quería preocuparlos.

---Le iba el sado y buscó... Insistió mucho para que tuviéramos ese tipo de relación.

---¿Y qué sucedió? Porque no puedes negarnos que algo ocurrió. ---Le acarició la mano y se la llevó a la boca para darle un beso, ante el asombro de su hermana y de Lucas---. No te quedas tan pálida por una relación rota.

Lucía miró al chico del que comenzaba a enamorarse y sintió por primera vez que, si no hubiera sido tan cobarde, no habría conocido a Estefan. Esa etapa de su vida no la habría experimentado.

---Al... ---dudó---, al decirle que no era de ese tipo de personas... ---Sintió como su mano temblaba, mientras se sentaba en la silla sin fuerzas.

---¿Te hizo algo? ---preguntó con tono brusco Israel. Desde que Lucas le explicó que Lucía había roto con ese tipo, cuando apareció buscando un «novio ficticio», sospechaba que no le había contado a su amigo las verdaderas razones que la llevaron a hacerlo.

Lucía lo miró sin decir nada.

El joven golpeó la mesa con fuerza.

---¡Joder! ---espetó levantándose.

Mónica tomó la mano de Lucía, intentando darle su apoyo.

---Lu, estamos aquí para lo que necesites ---le dijo Lucas con cariño.

La joven asintió.

---Fue... ---le costaba recordar---, fue solo una bofetada...

---¡Solo una bofetada! ---gritó Israel alzando los brazos al aire.

Mónica siseó intentando tranquilizarlos a todos sin soltar la mano de la chica.

---Lu, ¿seguro? ---se preocupó Lucas por ella.

Ella asintió.

---En cuanto sucedió, rompí con él y no lo volví a ver.

---Bien hecho ---confirmó la chica rubia, recibiendo una mirada de agradecimiento por parte de ella.

---Te juro que como lo vea... ---gruñó en voz alta el hermano de Mónica.

---Tranquilos, de verdad. Estoy bien. Eso es el pasado y esto es el presente. ---Tiró de la mano de Israel y buscó su mirada.

Ambos se observaron en silencio hasta que él se acercó hasta su cara y le dio un beso.

Justo en ese momento el teléfono volvió a sonar.

---No entiendo qué querrá... ---dijo Lucía a media voz mientras el nombre de Estefan parpadeaba en la pantalla---. No he vuelto a verlo desde que nos separamos.

Lucía no sabía qué hacer. Por alguna extraña razón presentía que no debía descolgar el móvil.

---¡Deja que hable yo con él! ---exigió Israel, intentando agarrar el teléfono, pero no pudo.

Lucas se levantó con rapidez y se interpuso en su camino. Puso las manos en sus hombros y enfrentó su mirada.

---Tranquilízate. Tu estado no ayuda.

El joven observó a Lucía, que seguía con la vista fija en el móvil, y soltó el aire de su interior.

---Tienes razón ---indicó resignado.

El médico se separó de él, dejándole espacio para que se acercara hasta la chica morena.

---Lu...

Ella lo miró preocupada, absorta en sus propios pensamientos, e incluso se podría decir que ni se había percatado del breve encontronazo que había existido entre sus amigos.

Israel le devolvió la mirada, dejando que su mano le acariciara con adoración la mejilla, y el teléfono dejó de sonar.

---Quizás solo quiera ver cómo te encuentras ---comentó Mónica, intentando quitar importancia al asunto.

Lucía la miró esperanzada y, de inmediato, al contrario que la otra vez, comenzó a resonar la melodía del móvil.

Sin dudarle ni un segundo más, descolgó.

---Hola, Estefan...

Los tres jóvenes la observaron en silencio.

---Buenos días, princesa. ¿Qué tal te has levantado hoy? ---le preguntó su ex desde el otro lado de la línea.

---Bien, bien... ¿Quieres algo? ---dijo de forma brusca.

---¡Eh! Vaya tono...

Lucía se apartó el cabello de la cara y suspiró.

---Perdona, perdona... ---Miró a sus amigos---. Es que no es un buen momento.

---Mejor momento este que cuando estabas en el lago... ---El silencio se hizo en la línea telefónica.

---¿Qué has dicho? ---preguntó nerviosa.

---Me has oído muy bien, puta.

La joven se levantó de la silla, tirándola al suelo ante las miradas de los otros. Agarró el teléfono con más fuerza y comenzó a observar lo que los rodeaba.

---¿Dónde estás, Estefan? ¿Estás aquí?

La risa del chico le llegó nítida por el teléfono, provocando que un escalofrío la recorriera de arriba abajo.

---Busca, busca, princesita ---canturreó---. Quizás me encuentres en el fondo del mar, matarile, rile, rile...

Lucía arrugó el ceño al escucharlo.

---Estefan...

---Lucía... ---la imitó con tono lúgubre.

---¿Estás loco?

---Loco por ti, mi princesa ---respondió bajando el tono de voz---. Ahora mismo estás confundida, pero en cuanto vuelvas conmigo, todo regresará adonde es debido.

El tono de fin de llamada le impidió decirle que estaba equivocado.

Capítulo 10

Lucía miró la pantalla del móvil con pánico y sin darse cuenta lo dejó caer al suelo, al mismo tiempo que ella lo seguía. Se sentó sin fuerzas en la tarima de madera del porche, sin comprender muy bien la conversación que acababa de mantener con Estefan.

---¡Lu! ---la llamó Israel, corriendo hasta ella para abrazarla.

---Lucía... ---Mónica y Lucas se acercaron también preocupados.

Ella los observó, pestañeó un par de veces, buscando apartar unas pocas lágrimas que acababan de aparecer en sus ojos, y se abrazó a sí misma intentando darse el calor que le había desaparecido de golpe del cuerpo.

---Lu, cariño... ---Israel se puso a su altura y le acarició el cabello---, ¿qué sucede?

---Es él, siempre ha sido él...

---¿Qué pasa con Estefan? ---interrogó Lucas.

Israel miró a su amigo para devolver la atención a la joven.

---¿Crees que es quien te ha enviado los anónimos y te ha seguido?

Lucía asintió y lo abrazó.

---Israel, nos ha visto en el lago.

El joven la arropó entre sus brazos.

---Tranquila, que todo se va a resolver.

---¿Anónimos? ¿Alguien seguía a Lucía? ---preguntó Mónica agarrándose del brazo de Lucas, preocupada.

Su hermano movió la cabeza de manera afirmativa sin separarse de la chica morena.

---¿Y es Estefan?

Lucía miró a Lucas y asintió.

---Está aquí.

---¿Aquí?

La joven se separó de Israel y observó el bosque.

---Eso me ha dicho.

El médico siguió su mirada.

---No veo nada.

---Quizás ya se ha marchado, pero por si acaso... ---Descendió los escalones que llevaban al jardín---

Chicas, meteos dentro de la casa. Mónica, explícale a papá lo que ha sucedido para que avise a la policía.

---Isra, ¿adónde vas? ---le preguntó Lucía.

Él la miró.

---A buscarlo...

---¡Ni se te ocurra! ---le gritó yendo tras él---. No sabes de lo que es capaz...

Israel la sujetó de los brazos y enfrentó su mirada.

---No pasará nada. Tranquila. ---La besó en la boca---. Además, no tardaremos...

---Solo iremos a mirar por los alrededores ---añadió Lucas, acercándose a ellos.

Lucía observó a los dos chicos y asintió.

---Prometedme que tendréis cuidado. ---Los jóvenes asintieron a la vez.

---En cuanto oigamos las sirenas del coche de policía, vendremos ---confirmó el médico.

Ella miró a Israel.

---Júramelo.

Él asintió.

---Tendré cuidado. ---La besó de nuevo---. Ahora entrad en casa y buscad a mi padre.

Mónica, que se había aproximado a ellos, agarró de la mano a la morena y tiró de ella hacia la vivienda, no sin antes rogarles que tuvieran cuidado.

*

No había pasado ni una hora cuando los agentes aparecieron ante ellos.

El padre de Israel y Mónica tomó el control en cuanto las chicas le informaron de lo que había sucedido. Llamó a la policía por teléfono, con la suerte de que un amigo de la infancia estaba de guardia ese domingo y fue él el que les indicó cómo proceder.

Les ordenó que no salieran de la vivienda, que ellos no tardarían en acudir, pero mientras tanto les insistió mucho en que no debían abandonar la casa.

Eso le preocupó mucho a Lucía. Israel y Lucas estaban ahí fuera, y no sabían lo que podría sucederles.

Roger, tras colgar el teléfono y prometer al agente que le obedecerían, se puso a cocinar para sorpresa de sus invitadas. Sugirió a Elsa y a Lucía que se acomodaran en el sofá del salón mientras él preparaba unos gofres.

---¿Queréis helado de vainilla o de nata con ellos?

Mónica no pudo evitar estallar en carcajadas cuando observó el rostro de las chicas.

---Cuando mi padre está nervioso, cocina ---les explicó.

Elsa sonrió divertida, pero la sonrisa de Lucía apenas llegó a su mirada.

---Yo no tengo hambre...

Roger se acercó hasta la joven y le acarició la mejilla con ternura. Fue un gesto que le recordó mucho a su hijo.

---No te preocupes, que todo se solucionará ---intentó tranquilizarla.

Lucía asintió tratando de controlar el llanto, pero al final no pudo evitar echarse a llorar, siendo acogida entre los brazos del padre de la persona que más amaba y cuya vida, en ese instante, podía estar en peligro.

---Respira, mi niña... ---le susurró al oído mientras le acariciaba el cabello, y no pudo evitar sonreír al escuchar el mismo consejo que tanto le repetía Israel.

Se sorbió la nariz y, apartándose de él, se limpió con las manos el rastro de lágrimas que anidaban en su cara.

---Gracias... ---le dijo mirándolo a los ojos, tan diferentes a los de Mónica e Isra por la tonalidad de estos, pero tan acogedores como los de sus hijos.

El hombre le dio un beso en la frente y le sonrió.

---Y ahora, ¿vainilla o nata?

Las tres chicas estallaron en carcajadas.

---Vainilla ---respondió Lucía al mismo tiempo que Elsa y Mónica, provocando que las tres volvieran a reír sin poder evitarlo.

El padre de Israel asintió conforme al escucharlas.

---Pues me voy a la cocina, para cualquier cosa...

---Te avisaremos ---le prometió su hija.

Él le guiñó un ojo y desapareció por la puerta que conducía a su habitación favorita.

Mónica observó a las hermanas y señaló el sofá.

---Estaremos más cómodas sentadas allí.

Elsa asintió e hizo lo que le aconsejaba.

En cambio, Lucía se acercó hasta la puerta de cristal y se cruzó de brazos mientras observaba el

exterior. No se movió de ese lugar hasta que la policía entró por la puerta y detrás de ellos, Israel y Lucas.

La joven se abalanzó a los brazos de su amado en cuanto lo vio aparecer. No reparó en que su corazón latía desbocado ni en que en su cabeza giraba una única idea: estaba enamorada de Israel y su preocupación aumentaba. El miedo a que le pudiera suceder algo la aterrorizaba, ya que no sabía cómo podría sobrellevarlo.

Mónica también se acercó a Lucas en cuanto traspasó la puerta, le dio un beso y le preguntó: ---¿Todo bien? ---Este asintió con la cabeza.

---No lo hemos encontrado ---indicó Israel respondiendo por su amigo.

---¿Qué le he dicho a tu padre, Isra? ---le reprendió uno de los policías, que había saludado al dueño de la casa y que miraba al joven con cara de pocos amigos---. No quiero héroes.

---No estaba aquí cuando hablamos, Samuel ---le indicó Roger---. Y si llego a saber antes lo que pretendía, se lo habría prohibido. ---Miró a su hijo dejándole claro que tenían una conversación pendiente.

El policía asintió conforme con lo que escuchaba, señaló a su compañero y le indicó con un gesto que saliera afuera por si encontraba al supuesto sospechoso o alguna pista que los pudiera conducir hasta él.

Cuando se quedaron solos, Samuel sacó una libreta y un bolígrafo y observó a los chicos.

---¿Quién me explica qué está sucediendo?

Todas las miradas se centraron en Lucía, que, de repente, se vio sobrepasada por la situación. Se pasó una mano por el cabello, notando que esta le temblaba demasiado, y sintió como la respiración se le alteraba.

Israel le pasó un brazo por la cintura y apoyó la barbilla en su hombro.

---Adelante, estoy aquí contigo.

Ella tomó aire con profundidad y, sin apartar la vista del policía, comenzó a relatar todo lo que había vivido desde la primera vez que tuvo la sensación de ser vigilada hasta la llamada de Estefan.

Le explicó cómo comenzó a cambiar los sitios a los que acudía normalmente por si esa «sensación»

desaparecía; de cómo creyó que habían sido ilusiones suyas hasta que de pronto empezó a recibir cartas anónimas, donde la insultaban o le detallaban lo que querían hacer con ella...

---Ahí fue cuando acudimos a comisaría ---intervino en la conversación Elsa, dándole un poco de respiro a su hermana.

El policía, que apuntaba todo lo que le indicaba, levantó los ojos de la libreta cuando escuchó a la otra joven.

---¿Qué os dijeron mis compañeros?

---Que lo iban a investigar ---respondió de nuevo Elsa.

---Se quedaron con todas las notas para estudiarlas ---añadió Lucía.

Samuel asintió conforme.

---Tendré que hablar con ellos, por si han llegado a alguna conclusión..

---El culpable es Estefan ---lo cortó de golpe Israel, atrayendo la atención de todos.

---Isra... ---lo llamó Lucía en voz baja, intentando calmarlo.

Este soltó a la joven, levantó los brazos al aire y los dejó caer de golpe.

---Samuel, Estefan es quien ha llamado a Lucía. Estaba aquí. Nos ha seguido...

---Hijo, por favor ---lo regañó su padre.

Lucía se acercó a él y lo besó sutilmente.

---Tranquilo. Estoy bien ---le dijo, aunque no era verdad.

Él observó sus ojos negros y suspiró.

---De acuerdo, de acuerdo... ---Miró al amigo de Roger---. Perdona, Samuel. Estoy algo nervioso.

El policía negó con la cabeza quitando importancia a la intromisión y, mientras escribía en la libreta de nuevo, comentó:

---Entonces, ¿el tal Estefan fue tu novio?

Lucía asintió.

---Lo dejamos hace ya un tiempo...

---¿Por qué? ---interrogó, pero al ver que ella no respondía de inmediato, levantó la vista y la observó ---. ¿Qué sucedió, Lucía?

Esta sintió como Israel la abrazaba de nuevo y fue su cercanía la que le ofreció la fuerza necesaria para contestar.

---Me pegó...

---¿Lo denunciaste? ---inquirió de golpe el hombre.

Ella negó cabizbaja.

---Fue solo una bofetada y como rompí con él...

El policía la observó pensativo, comprobando el temor que subyacía en ella, y supo que mentía. Su experiencia le indicaba que no había sido una simple bofetada y que debería decirle que siempre había que denunciar, nunca callarse ante actos así; pero, al ver su estado, sabía que ya era suficiente que hubiera conseguido rehacer su vida y alejarse de ese malnacido.

Cerró la libreta de improviso e indicó:

---Está bien. Es todo lo que necesito de momento...

---¿Solo eso? ---preguntó Israel alarmado.

---Israel, por favor ---lo amonestó su padre de nuevo.

Samuel palmeó la espalda de su amigo.

---Tranquilo, es normal ---lo tranquilizó---. Isra, hablaré con los policías que abrieron la investigación de Lucía y daré aviso para que los compañeros estén atentos por si ven a algún sospechoso. ---El joven gruñó. Creía que no era suficiente, pero no lo indicó. El policía se dirigió a la joven por la que estaban allí en ese momento, y dijo---: Tú, jovencita, necesitaré una foto de Estefan, si la tienes. ---Ella asintió---. Y, sobre todo, no vayas sola a ningún sitio...

---No lo hará ---volvió a intervenir Israel, recibiendo en esta ocasión un gesto afirmativo por parte del policía.

---Y si veis algo raro, cualquier cosa ---miró a todos los allí reunidos---, no hagáis ninguna tontería y avisadme.

Roger le pasó un brazo por los hombros a su amigo y lo acompañó hasta la puerta.

---Así lo haremos, Samuel ---corroboró---. Gracias por venir tan rápido y por tu ayuda.

---Es mi trabajo...

Los dos hombres salieron al exterior.

El otro policía no se encontraba muy lejos. Negó con la cabeza, indicándole a su compañero que no había encontrado nada, y se dirigió al coche patrulla.

Samuel se volvió hacia su amigo y le aconsejó:

---Vigila a tu hijo. Está demasiado nervioso y no quiero que le suceda nada malo.

Roger suspiró y asintió.

---Es por Lucía. Creo que está enamorado.

El policía no pudo evitar reírse.

---Crecen demasiado deprisa.
---Así es, viejo amigo. Así es...

Capítulo 11

---¿Alguien quiere gofres? ---preguntó el padre de Israel nada más regresar al interior de la vivienda.

Los jóvenes lo miraron y, aunque ninguno tenía verdadero apetito, poco a poco fueron moviendo la cabeza de manera afirmativa. Con todo lo que había ocurrido, ninguno había desayunado y a esas horas sus estómagos ya se quejaban.

Se prepararon los desayunos tardíos y se sentaron alrededor de la mesa de la cocina en completo silencio. Aunque en sus cabezas todavía se repetían las advertencias del policía ---debían tener cuidado y avisarle si veían algo sospechoso---, todos estaban preocupados por Lucía. La chispa que siempre la acompañaba y que la convertía en el centro de cualquier reunión se había evaporado, siendo reemplazada por una timidez impropia de ella.

Estaba sentada en una de las sillas que rodeaban la mesa y se la veía aún más pequeña de lo que era.

Encogida, con la cabeza baja, jugaba con el tenedor y la comida. El helado de vainilla que le había puesto encima del gofre el padre de Mónica e Israel ya estaba deshecho, y se podría asegurar que no había probado bocado alguno.

---Tengo que pedirlos perdón ---comentó en voz baja. A pesar del silencio que reinaba en la habitación, apenas se la escuchó, y si no hubiera sido porque todos estaban atentos a ella, no la habrían oído.

Israel apretó el tenedor con fuerza, pero no habló.

El padre de este observó a su hijo y, al comprobar que no iba a hacer nada, se interesó por su invitada.

---¿Perdón por qué, Lucía?

Ella levantó la mirada, donde comenzaban a aparecer algunas lágrimas.

---Todo esto es culpa mía... Si yo no hubiera venido... Si no hubiéramos aparecido...

---Lu, somos tus amigos y siempre estaremos aquí para lo que necesites ---la cortó Lucas.

Mónica, que estaba sentada al lado de la joven, atrapó su mano y añadió: ---No nos conocemos desde hace mucho, pero las amigas de Lucas y de mi hermano son también mis amigas y por tanto... ---miró a su novio---, estoy aquí para lo que necesites.

---Pero...

Elsa se levantó del asiento que ocupaba y se acercó hasta su hermana para abrazarla.

---Te queremos y estaremos aquí para lo que necesites. Siempre.

Lucía sintió como las lágrimas corrían con libertad por su rostro tras escuchar las palabras de los allí reunidos. Miró al dueño de la casa, que le guiñó un ojo y le ofreció una cariñosa sonrisa.

---Ahora déjate de tanta tontería y come algo. Estás demasiado delgada...

Las carcajadas estallaron en la habitación, una diversión que contagió a Lucía hasta que la interrumpió el ruido de la puerta cerrándose.

---Isra, ¿dónde vas? ---preguntó Mónica, pero no le respondió.

Iba a ir tras él, pero Lucas la detuvo.

---Necesita un tiempo...

Lucía suspiró y también intentó ir tras él, pero Roger no la dejó.

---Come primero y luego ya hablarás con mi hijo.

La joven asintió reticente, se sentó y tomó los cubiertos para comer el nuevo dulce que le acababa de poner en la mesa tras retirarle el primer plato, que ya no estaba en buenas

condiciones.

El padre de Mónica le revolvió el cabello con ternura y movió la cabeza asintiendo cuando comprobó que le hacía caso. Miró al resto de los chicos que lo observaban y levantó una de sus cejas, único gesto que necesitó para que todos imitaran a Lucía.

Bebieron café, leche o zumo, dependiendo de los gustos de cada uno, y se comieron más de uno de los gofres que había hecho el dueño de la casa.

Lucía no tardó en vaciar su plato. Se limpió la boca con la servilleta y cuando tuvo el visto bueno de Roger, salió corriendo de la cocina para buscar a Israel.

Lo encontró fuera de la casa, en el porche. Estaba sentado en uno de los escalones, con la cabeza hundida entre los brazos.

No dudó en sentarse a su lado en silencio.

Pasó el tiempo y ninguno dijo nada hasta que la joven se atrevió a hablar.

---¿Te arrepientes?

Él la miró confuso. No sabía muy bien a qué venía esa pregunta.

---¿Qué quieres decir?

Lucía fijó la vista en el bosque y se dio cuenta de que no muy lejos de ellos un pájaro carpintero taladraba el tronco de un árbol.

---Quizás prefieres que no esté aquí, que...

Israel se volvió hacia ella con brusquedad y atrapó su cara.

---No digas eso. Ni siquiera se te ocurra pensarlo.

Fijó sus ojos negros en los celestes, pudiendo observar la furia que anidaba en ellos.

---He llegado aquí y he trastocado tu vida.

Isra le acarició la mejilla y apoyó la frente sobre la de ella.

---Mi vida ya estaba trastocada antes de que llegaras.

Lo miró sin comprenderlo.

---Creo que una chica entrometida que viene con un acosador como único equipaje puede perturbarla todavía más de lo que imaginas ---dijo con ironía.

Israel le sonrió.

---No te puedo llevar la contraria en eso.

---Te lo dije. ---Le golpeó el hombro separándose de él, pero no pudo ir muy lejos.

Israel fue tras ella. Estaban en mitad del jardín, solos.

---Desde que nos separamos, no he vuelto a ser el mismo ---le confesó para sorpresa de ella---

Le dije a Jaime...

---¿Jaime?

Él sonrió.

---El chico con el que estaba cuando apareciste en el bar de Ceci.

Lucía asintió de inmediato.

---Sí, pero ¿qué tiene que ver en esto Jaime?

Se rascó la nuca y la miró algo tímido.

---Era la única persona con la que podía desahogarme y le hablé de ti...

---¿De mí? ---lo interrumpió.

Movió la cabeza de forma afirmativa.

---No podía borrarte de mi cabeza... ---Dudó---. No puedo ni quiero borrarte de ella ---rectificó.

Lucía lo miró asombrada.

---¿Y hablaste con él?

---Le conté todo lo nuestro. Lo pasado y lo presente, y, aunque le dije que eras agua pasada...

Se acercó a él y le atrapó las manos.

---Seguía martilleándote la cabeza.

Israel se rio al escucharla.

---Yo lo habría dicho de otra forma, pero... sí.

Le sonrió.

---A mí me pasaba... me pasa lo mismo ---se corrigió---. Además, si le sumas una hermana muy pesada que sus buenos días y sus buenas noches eran «llama a Isra, habla con Isra, tienes que decirle a Isra lo que sientes...».

Los dos jóvenes estallaron en sendas carcajadas.

---Ha sido un infierno ---señaló divertido.

Ella asintió, pero en el último momento cambió de opinión.

---No, porque ha sido un infierno necesario.

Israel elevó su ceja dorada.

---¿Y eso?

---Cuando todo se complicó con lo de las notas...

Israel gruñó al escucharla.

---No quiero hablar de eso. ---Se volvió para alejarse de ella, pero Lucía se lo impidió, agarrándolo del brazo.

---Isra, mírame...

Este hizo lo que le pedía. Sus ojos celestes habían adquirido una tonalidad más oscura y la tensión de su mandíbula reflejaba lo que sentía.

---No sabes lo impotente que me siento ahora mismo...

---¿Por? ---susurró pasando sus dedos por la mejilla masculina, intentando tranquilizarlo.

---Por no haber estado a tu lado cuando todo eso comenzó. ---Hizo referencia a lo de sentirse vigilada o a las notas recibidas---. Si hubiera estado a tu lado... ---Buscó sus ojos negros---. Si no hubiera sido tan cobarde y te hubiera confesado todo lo que llevaba aquí dentro... ---Se señaló el corazón.

Lucía posó su mano sobre la de él en ese mismo lugar.

---Debemos agradecerle a Elsa...

---¿A tu hermana?

Ella asintió.

---Si Elsa no te hubiera mencionado todos los días y a todas horas desde que se vino a vivir conmigo ---explicó---, no habrías sido la primera persona en la que pensé para pedirle ayuda...

La miró sorprendido y le acarició la mejilla.

---¿No pensaste en Lucas?

---No, porque de Lucas no estoy enamorada ---confesó dejándolo con la boca abierta.

Israel le agarró la cara con rapidez y se acercó a ella.

---¿Qué has dicho?!

Ella sonrió divertida al escuchar su urgencia.

---Que si mi hermana no hubiera...

---No, no, no... ---Chascó la lengua al mismo tiempo que movía la cabeza de lado a lado con fuerza.

Lucía se rio al observar su comportamiento y se apiadó de él. Posó sus manos a ambos lados de sus mejillas y buscó su mirada de ángel.

---Te quiero, mi tortuga carey.

Israel sonrió poco a poco y sin previo aviso plantó su boca sobre la de ella, para elevarla unos

centímetros sobre sí misma y así comenzar a dar vueltas de alegría.

La joven no pudo evitar reírse acompañada de las carcajadas de él.

---Bájame, bobo, que nos vamos a marear.

Él no tardó en hacerle caso. La dejó en el suelo, con cuidado de que no perdiera el equilibrio, y la tomó de la barbilla para mirarla bien.

---Tortuga carey...

Ella tragó como pudo al escuchar la seriedad del tono que usaba y asintió con la cabeza.

---¿Sí?

---Yo también estoy enamorado de ti.

La sonrisa que apareció en el rostro de ella fue de pura felicidad. Lo abrazó con fuerza y le dio un beso que fue correspondido con rapidez.

---Menos mal que estáis aquí ---dijo una voz interrumpiéndolos.

Capítulo 12

La pareja se separó, encontrándose delante de ellos a Jaime.

---¿Ocurre algo? ---lo interrogó Israel al verlo en tan mal estado.

Estaba sudoroso y despeinado y se le notaba que le faltaba el aire. La bicicleta con la que iba a todos los sitios estaba tirada a un lado en el jardín, lo que evidenciaba en parte su presencia, pero Israel lo conocía muy bien y sabía que había algo más.

La puerta de la casa se abrió y salieron por ella el resto de las personas que la habitaban en cuanto apareció el recién llegado, clara prueba de que habían estado pendientes de la conversación que habían mantenido Lucía e Isra.

---Jaime, ¿qué haces aquí? ---preguntó preocupada Mónica.

Este los miró a todos y se sentó en el césped agotado.

---Os he estado llamando, pero no he conseguido contactar con vosotros ---dijo intentando coger aire.

---Ha sido una mañana algo extraña ---explicó Lucas, siendo ratificadas sus palabras por movimientos afirmativos de cabeza de algunos de los presentes.

---¿Qué sucede? ---repitió Israel.

Jaime se subió las gafas y tomó aire.

---Raquel y Tony llegan hoy...

---¿Hoy? ---preguntó de golpe Mónica.

Él asintió.

---Ayer hablé con Raquel y me dijo que no quería contaros nada para daros una sorpresa, pero...

---¿Pero? ---preguntó divertido el padre de Mónica e Israel, que no entendía, si su sobrina le había pedido al joven que no lo contara, por qué lo hacía. Nunca comprendería la mente de los adolescentes.

---Me llamó Martín...

---El amigo de Tony, ¿no? ---dudó Mónica.

Jaime volvió a mover la cabeza de manera afirmativa.

---Eso es. Martín y Miguel.

---¿Qué pasa con ellos? ---se interesó Lucas.

El joven de gafas retomó la explicación:

---Me llamó Martín, que también había hablado con Tony. Le había contado lo de su regreso y había pensado que, como Raquel nos ha echado tanto de menos, podríamos prepararle una fiesta sorpresa.

Mónica comenzó a saltar sobre sus propios pies dando palmadas.

---Sí, sí... ¡Qué buena idea!

---Ya sabía que ibas a ser la primera en apuntarte ---indicó Jaime contento---. Martín y Miguel vienen de camino. Hemos quedado en casa de Raquel.

---¿Mi hermano sabe algo de esto? ---se interesó Roger cruzándose de brazos.

Jaime se rascó la cabeza y se quitó las gafas para limpiarlas, buscando algo de tiempo para explicarse. Cuando volvió a colocarse las lentes en el sitio que correspondía, comentó: ---Usted podría hablar con él...

Las risas del adulto los envolvieron.

---Voy a llamarlo ---dijo desapareciendo de nuevo en la casa.

Jaime se encogió de hombros y observó a sus amigos.

---¿Qué decís? ¿Os apuntáis?

Mónica asintió y agarró la mano de Lucas.

---Cuenta con nosotros.

El joven asintió conforme y miró a la otra pareja.

---¿Isra?

Este se pasó la mano por el cabello despeinándose.

---Creo que no es una buena idea...

---¿Por qué? ¿Qué ocurre? ---interrogó Jaime al darse cuenta por primera vez de que algo no marchaba bien.

Lucía negó con la cabeza y miró a Israel.

---No podemos dejar que Estefan trastoque nuestra vida. Ya consiguió que cambiara mis hábitos y que modificara mi forma de actuar... No quiero que haga lo mismo con vosotros.

Israel le apartó un mechón de la cara.

---¿Puede ser peligroso?

Ella le sonrió con cariño.

---El policía ha dicho que tengamos cuidado y que no vaya sola a ningún lugar ---recordó recibiendo un movimiento afirmativo por parte de él---. Si vamos a la fiesta sorpresa de Raquel, estaremos todos juntos en su casa. No puede suceder nada.

Israel observó a sus amigos y devolvió la atención a la joven.

---¿Seguro?

Lucía asintió feliz, miró a su hermana, que la observaba desde el porche, y le preguntó: ---Elsa, ¿te apetece ir a una fiesta?

---Eso no se pregunta. ---Se rio.

La joven miró de nuevo a Israel.

---Nos apuntamos.

Él sonrió, acarició su mejilla y le dio un beso.

---Jaime, cuenta con nosotros ---dijo al joven de gafas, que de inmediato se levantó del suelo para coger de nuevo su bici.

---Pues vámonos...

Lucas se rio al ver la urgencia de este.

---Primero, deja que nos arreglemos.

Jaime sintió como sus mejillas enrojecían un poco más de lo que ya lo estaban por el esfuerzo que había hecho para llegar hasta allí. Dejó la bicicleta donde estaba y se acercó hasta el porche.

---De acuerdo, así beberé algo de agua y me explicáis lo que está sucediendo.

Mónica abrió la puerta dándole paso.

---Tenemos para varios vasos de agua, así que menos mal que Raquel y Tony no llegarán hasta

más tarde.

Israel pasó un brazo por los hombros de Lucía y avanzaron detrás del resto hasta la puerta, donde se detuvieron brevemente.

---¿Estás segura?

Ella se puso de puntillas, le dio un beso y asintió.

---Muy segura.

Capítulo 13

El día terminó siendo una locura. Entre idas y venidas, llamadas de teléfono y encargos de comida...

Por unanimidad todos decidieron pedir unas pizzas que llegarían, de acuerdo a los horarios que les dieron Raquel a Jaime y Tony a Martín, media hora más tarde de su llegada. Así estarían recién hechas y saciarían el apetito de la pareja, que de seguro llegarían con hambre tras el viaje.

El padre de Raquel y su hermano, Roger, decidieron sorprender a su hija y sobrina, respectivamente, acudiendo al aeropuerto para recogerlos. Serían ellos quienes los traerían hasta la casa y de ese modo podrían avisar del tiempo que les quedaba para llegar.

Tomaron las llaves del Toyota Land Cruiser de Josep y se marcharon en cuanto un par de motos aparcaron delante de la casa.

---Bienvenidos ---los saludó Lucas, que salió a recibirlos nada más escuchar el motor de los vehículos de dos ruedas.

Los amigos de Tony se quitaron los cascos y saludaron al médico.

---Veo que ya estáis con la tarea ---dijo Martín, ofreciéndole la mano a modo de saludo.

---En cuanto Jaime nos avisó, nos pusimos manos a la obra ---explicó el médico.

---Y yo que pensaba que cuando llegásemos estaría todo preparado ---comentó Miguel, peinándose la melena castaña con los dedos.

---De eso nada, monino ---indicó Mónica con una sonrisa según se acercaba a los recién llegados---

Aquí pringamos todos.

Martín se rio al escuchar a la joven. Se acercó a ella y le dio dos besos.

---Me alegro de verte.

---Yo también...

---¿Y a mí? Porque que sepas que estoy triste por tu recibimiento ---aseguró Miguel haciendo pucheros con la boca.

La joven se rio y le golpeó el estómago.

---Serás tonto... ---Le dio un par de besos y se colgó de su brazo---. A ti el que más.

Lucas miró a la pareja divertido.

---Vosotros dos, ¿tengo algo por lo que preocuparme?

Mónica miró a su novio y le sacó la lengua.

---Tú sabrás ---respondió tirando de Miguel, instándolo a que se pusiera en movimiento.

Martín volvió a carcajearse, golpeando la espalda del médico.

---No te preocupes por Miguel, en el fondo es inofensivo.

Lucas se pasó la mano por el cabello rubio y negó con la cabeza.

---Menos mal que Mónica también ---indicó acompañándolo en la chanza mientras seguían a la pareja.

En la parte de atrás de la casa habían dispuesto una gran mesa de madera y bastantes sillas que en ese momento estaban colocadas todas juntas en uno de los extremos del jardín. De los árboles colgaban cadenas de diferentes colores y guirnaldas de luces de formas dispares. Música de los

ochenta se escuchaba con claridad por toda la zona, acompañando los quehaceres de los allí reunidos.

---¿Y esa música? ---preguntó Miguel en cuanto llegaron al centro de la actividad.

---Es Jaime. Dice que está recopilando algunas de las canciones que le gustan a Tony ---aclaró Elsa asomándose por la puerta de la casa.

---Y tú, preciosa, ¿quién eres? ---se interesó el joven acercándose a la escalera del porche.

La joven sintió que enrojecía ante el piropo del recién llegado.

---Elsa...

---¿Elsa como la de *Frozen*? ---curioseó apoyándose en uno de los postes de madera de la casa. Había dejado la chaqueta de cuero que llevaba para protegerse en la moto y vestía una camiseta negra con el logo del grupo de rock Nirvana, a juego con un vaquero del mismo color desgastado en las rodillas.

Ella se rio.

---Puede ser ---respondió con timidez.

---Miguel, no sabía que eras fan de Disney ---bromeó Israel acercándose hasta él.

El mencionado guiñó un ojo a la chica.

---Con estas vistas soy fan de lo que quieras...

El hermano de Mónica se carcajeó y los presentó:

---Elsa, este es Miguel, amigo de Tony. Miguel, Elsa.

Los dos jóvenes compartieron sonrisas.

---Apunta en esa cabecita tuya que debes tomar una cerveza conmigo ---le anunció marchándose sin esperar una respuesta por parte de ella.

Elsa miró a Israel y arrugó el ceño.

---¿Siempre es así?

---Sí, casi siempre ---respondió Martín, que había presenciado toda la escena en silencio.

La joven lo observó por primera vez, notando una sensación extraña en su estómago. También vestía de negro, pero, al contrario que su amigo, este llevaba una camisa con pequeños botones blancos en hilera. Los vaqueros no estaban desgastados y las botas militares asomaban por debajo de estos. De estatura más baja que Miguel, pero no mucho más, irradiaba seguridad. Moreno y con la melena corta, dejaba visibles unos ojos oscuros que ella hubiera jurado que eran de tonalidad azul casi negra. Su rostro era más serio. La nariz estaba algo torcida, prueba de que se había metido en más de una pelea, y sus labios, con el inferior más grande que el superior, le daban a su cara un toque enigmático.

---Este es Martín ---le presentó Israel---. Martín, Elsa.

El amigo de Tony subió los escalones que los separaban y se acercó a ella. Posó la mano en su cintura y le dio un beso en cada mejilla.

---Encantado.

Elsa trastabilló un par de pasos hacia atrás y se sujetó a la barandilla del porche.

---Encantada... ---dijo casi sin voz.

Los dos se miraron sin añadir nada más.

Israel los observó divertido, esperando que le hicieran caso, pero al comprobar que seguían ensimismados el uno en el otro, tosió para atraer su atención.

---Elsa...

Esta lo miró cohibida y algo acalorada.

---Sí... Dime ---Se agarró las puntas de la coleta y comenzó a enrollarse los mechones en un dedo.

---¿Has visto a tu hermana? Hace un rato que no la veo.

---Me dijo que estaría en el embarcadero.

Israel asintió conforme.

---Perfecto. Voy a buscarla.

---Vale ---indicó ella. Miró al chico que seguía a su lado---. Yo voy dentro a ayudar a Jaime --- anunció y salió corriendo al interior de la casa.

Martín la siguió con la mirada para darse la vuelta en cuanto la perdió de vista. Israel seguía en el mismo sitio, observándolo.

---¿Cuál es su historia? ---preguntó el otro mientras se acercaba a él.

El primo de Raquel se rascó la nuca.

---No me corresponde a mí contarla. ---Se acercaron los dos hasta la mesa en la que ya estaban dispuestos la vajilla y los cubiertos.

---Lo entiendo... ---Se volvió de nuevo hacia la casa, observando la puerta abierta por la que Elsa había desaparecido---. No le haré daño.

Israel le golpeó la espalda y asintió.

---Me voy al embarcadero a buscar a Lucía.

Martín movió la cabeza de manera afirmativa y le sonrió.

---No os escaqueéis.

La risa del joven rubio resonó en el jardín.

---Ni se me ocurriría. ---Miró a su hermana, que en ese momento colocaba las servilletas en la mesa ---. Mónica podría vengarse después.

Esta lo miró arrugando la boca.

---¿Adónde vas? ---lo interrogó.

---A por Lucía.

Mónica asintió conforme.

---No tardéis.

Israel se puso recto, juntó sus talones y le hizo el saludo militar.

---A su órdenes, mi capitana.

Mónica le sonrió.

---Perdona, para ti, teniente general.

Su hermano se carcajeó alejándose del lugar y dirigiéndose hacia donde se encontraba Lucía.

Capítulo 14

Lucía se encontraba al final del embarcadero. Estaba sentada sobre la madera, con los pies metidos en el agua. Sus deportivas blancas descansaban debajo de una de las dos butacas que había cerca de ella.

El viento jugaba con su negro cabello, que llevaba suelto y que le acariciaba los desnudos hombros, ya que solo iba vestida con una camiseta de tirantes, a pesar de haberse traído una chaqueta fina por si tenía frío, que había dejado en la casa, y una falda violeta que le llegaba hasta las rodillas.

Se acercó con lentitud hacia ella, disfrutando de su visión, y pensó que estaba preciosa.

Cuando apareció delante de él esa mañana, antes de ir a casa de Raquel, Israel se quedó con la boca abierta. Estaba increíble. La miró de arriba abajo, consiguiendo que las mejillas de Lucía enrojecieran por la intensidad de su escrutinio, y devolvió la atención a su rostro. De repente se encontró sin saber qué decir o hacer, por lo que soltó lo primero que se le pasó por la cabeza: --- ¿Y tus vaqueros?

Ella giró sobre sus pies, haciendo que la falda se elevara unos centímetros, y lo miró de forma

coqueta.

---¿No te gusta?

Se acercó todavía más a ella, pasó uno de los brazos por su cintura y la acercó a su cuerpo robándole un beso.

---No me quejo.

La pareja rio feliz.

Israel sonrió ante el recuerdo y pensó, una vez más, que estaba preciosa.

---Y soy el chico más afortunado del mundo ---dijo en voz alta, captando su atención, mientras se sentaba en una de las hamacas de madera.

---¡Eh! Hola ---lo saludó ella sacando los pies del agua de inmediato.

---Hola, preciosa...

Le sonrió y, sin dudarlo, se sentó encima de él.

---Tienes los pies fríos ---se quejó.

Ella los movió aposta, intentando restregarlos por la zona en la que sus piernas estaban libres de ropa, al llevar un pantalón que le llegaba hasta el gemelo.

---No lo sabía.

Israel se rio apoyando la espalda sobre el respaldo y arrastrándola con él al mismo tiempo.

---Ya... No lo sabías ---repitió con retintín.

Le dio un beso y apoyó su cara sobre su firme pecho.

---Se está bien así.

Él le acarició el cabello y dejó que sus ojos se centraran en lo que ocurría por encima de sus cabezas, mientras los dos se sumergían en el silencio.

De pronto, un golpe en la madera los sobresaltó. Israel se incorporó levemente y observó lo que los rodeaba, pero, al no sentir nada extraño, retomó su posición original.

---No debías haber venido sola hasta aquí...

La joven gruñó interrumpiéndolo. Apoyó la barbilla en el tórax masculino y lo miró.

---No estaba sola. Estabais todos ahí cerca. ---Movió la cabeza hacia la derecha, señalando el camino que llevaba hasta donde preparaban la fiesta sorpresa, que a primera vista era casi invisible al estar rodeado de plantas.

Israel gruñó también y pasó el dedo índice por su cara.

---No te vemos desde la casa. Si te hubiera sucedido algo...

Lucía se levantó de golpe, alejándose de su lado. Le dio la espalda y se abrazó a sí misma.

---No soporto esta situación..

La observó meditabundo, soltó el aire de su interior y no dudó en seguirla, abrazándola por la cintura en cuanto la tuvo cerca.

---Pronto se resolverá todo. Ya lo verás.

Ella suspiró, apoyó su cabeza en el hombro del joven y sintió como los labios masculinos se posaban en su cuello.

---Hablemos de otra cosa ---exigió volviéndose hacia él.

Asintió conforme. Era lo mejor: cambiar de tema para intentar distraerse.

---Dime. ---Ocupó de nuevo la hamaca y tiró de ella, obligándola a que se sentara sobre sus piernas.

Lucía buscó su mirada.

---¿Por qué no fuiste a la universidad?

Él puso los ojos en blanco y posó la mano en su pierna desnuda.

---¿Y esa pregunta?

Se encogió de hombros.

---Nunca hemos hablado de ello y la pasada noche, cuando saqué el tema ---dijo recordando la conversación que habían mantenido en el bar de Ceci---, me pareció que te había molestado.

Le apartó el cabello de la cara y negó con la cabeza.

---No me molestó ---la corrigió---. Es verdad que hablabas de algo que desconocía, ya que yo nunca viví la expectación de acudir a la universidad, la preocupación de conocer nuevos profesores, lo que me podía deparar... ---explicó sin dejar de acariciar su pierna---. Pero...

---¿Pero? ---repitió cuando vio que se callaba.

---En realidad, estaba nervioso por tu inesperada aparición ---confesó recibiendo una mirada divertida.

---¿Por mí? ¿Nervioso?

Le dio en la punta de la nariz y asintió.

---Sí, nervioso.

Ella le revolvió el cabello y le dio un dulce beso.

---No lo entiendo... Yo soy tan buena ---dijo poniendo cara de no haber roto un plato en su vida.

Israel se carcajeó.

---Sí, buenísima.

Lucía le sacó la lengua y apoyó su cabeza en él.

---¿Y por qué cuando acabaste el instituto no seguiste estudiando? ---insistió.

Se encogió de hombros.

---No estaba entre mis prioridades. ---Observó el lago por unos segundos y devolvió la atención a la negra mirada---. Hay gente que sirve para estudiar. Yo no soy uno de ellos.

Le acarició la cara.

---No me lo creo.

Él suspiró y confesó:

---Mis padres pasaban por una mala etapa y preferí ponerme a trabajar, ayudándolos en la tienda que tienen en el pueblo. No quería que invirtieran un dinero que no tenían para que yo fuera a la universidad.

---¿Y lo permitieron?

---Los convencí de que mi sueño no era estudiar y que podía también labrarme un futuro quedándome a su lado.

Le agarró la cara y lo miró con intensidad.

---Eso dice mucho de ti.

---¿Por qué?

---Porque eres una persona que te preocupas por los demás, aunque tengas que dejar tus sueños a un lado.

Encogió un hombro, algo incómodo al sentir que lo tenía tan calado.

---Tampoco sabía qué estudiar.

Lucía se apartó de él un poco y lo observó sorprendida.

---¿Nunca has querido ser astronauta, profesor o médico?

Se rio negando con la cabeza.

---Mejor que la medicina se la dejemos a Lucas.

Lucía también se carcajeó.

---Mejor.

De pronto, Israel se puso muy serio, atrapó la cara de la chica y fijó su mirada en la de ella.

---Solo he querido una cosa ---confesó---. Ser feliz aquí. Rodeado de las personas que quiero y

que me quieren. Junto a esa persona que me comprenda y me ame tanto como yo a ella.

De repente, Lucía sintió su garganta muy seca. Observó como los ojos celestes se habían tornado más oscuros y le acarició la cara con reverencia.

---Isra, yo...

Unas palmadas la interrumpieron.

Las miradas de la pareja se centraron en la persona que acababa de surgir del agua, empapada, en mitad del embarcadero, y que los observaba con una sádica sonrisa mientras los aplaudía.

---¡Bravo! Ha sido un discurso increíble...

---Estefan... ---lo llamó Lucía sorprendida al verlo delante de ellos.

Israel, en cuanto escuchó ese nombre, se levantó de la butaca, obligando a la joven a que se colocara tras él.

---¿Qué haces aquí? ---lo interrogó con brusquedad.

El recién llegado se apartó el oscuro cabello húmedo de la cara y lo miró.

---Reclamar lo que es mío.

Los dientes del chico rubio rechinaron.

---Aquí no hay nada tuyo...

El otro se carcajeó consiguiendo poner la piel de punta a Lucía.

---Eso tendrá que decirlo ella. ---La señaló con la cabeza.

Israel agarró con más fuerza la mano de la joven.

---¡Vete!

Negó con la cabeza.

---No sin ella.

Lucía lo observó, tomó aire y espetó:

---Estefan, no soy nada tuyo ---aclaró---. De hecho, no le pertenezco a nadie. Soy una mujer libre que decide qué hacer y con quién estar. No tengo que dar cuentas a nadie y menos... ---Lo miró de arriba abajo---. A ti.

La cara de Estefan cambió al escucharla, chasqueó la lengua y negó con la cabeza mostrando una sonrisa de loco.

---No he atravesado el lago de punta a punta para recibir esa respuesta...

---¿Qué esperabas? ---lo cortó envalentonada de pronto. No podía dejar que la redujera a un simple animal inofensivo ni que por su culpa su vida se trastocara---. No quiero estar contigo. No te quiero, Estefan ---recalcó con fuerza.

La sonrisa del joven se esfumó, volvió a negar con la cabeza y avanzó un par de pasos hacia ellos.

Israel retrocedió al mismo tiempo, empujando a Lucía con él, pero el final del embarcadero le impidió continuar.

---No te acerques ---le ordenó.

El joven que había mandado cartas amenazantes a Lucía sonrió de nuevo.

---Solo estás confundida, mi princesa. Ya verás cuando estemos los dos solos...

Ella negó con la cabeza.

---¡Jamás!

La mandíbula de Estefan se tensó, observó a la pareja y agarró la mano de Lucía de improviso en cuanto los tuvo cerca. Tiró de ella, pero un fuerte puñetazo en la cara lo hizo caer bruscamente al suelo.

---Te he dicho que no te acerques ---indicó Israel moviendo el puño con el que lo acababa de golpear.

Estefan se llevó la mano a la zona dañada, miró con odio al culpable y se levantó con rapidez para lanzarse contra él. Un nuevo golpe, esta vez en el estómago, lo detuvo.

Israel se separó de la joven y se acercó hasta Estefan, que se encontraba en el suelo.

---Detente o al final te haré daño...

Un gruñido se escuchó por todo el lago al mismo tiempo que Estefan atrapaba la pierna de Israel, haciéndolo caer al agua.

---¡Isra! ---gritó Lucía nerviosa. Miró al causante de todo lo que llevaba sufriendo desde hacía un tiempo y retrocedió por el embarcadero con temor.

La risa del acosador consiguió helarle el cuerpo justo cuando llegaba al final de su camino.

---Solos tú y yo, mi princesa... ---vaticinó este.

---Sobre mi cadáver ---amenazó Israel surgiendo de pronto de debajo del agua. Se apoyó en el embarcadero con los brazos, agarró a Estefan de una de sus piernas y lo tiró al lago junto a él.

Lucía giró sobre sí misma sin saber qué hacer hasta que comenzó a gritar pidiendo ayuda. Se arrodilló en la madera mojada e intentó encontrar a Israel en el agua, mientras sentía como las lágrimas resbalaban por su cara.

---¿Qué sucede? ---la interrogó nervioso Lucas en cuanto llegó a su altura, alertado por sus llamadas de auxilio.

---Estefan... Israel está ahí abajo con Estefan ---explicó entrecortadamente, al mismo tiempo que las cabezas de los dos jóvenes salían del agua para volver a sumergirse.

El médico, sin más indicaciones, se tiró al lago, seguido de Miguel y Martín, que, al ver que el hermano de Mónica necesitaba ayuda, no dudaron en lanzarse tras él.

En cuanto Elsa apareció, abrazó a Lucía, quien seguía con la mirada fija en lo que ocurría en el lago; Mónica, a su lado, tampoco apartaba la vista de los chicos.

Jaime no tardó en llegar, mostrando un teléfono entre sus manos.

---Ya viene la policía ---anunció.

Todos los allí reunidos asintieron a la vez, justo cuando sacaban a Estefan del agua y lo dejaban tumbado en el embarcadero. Estaba agotado, semiinconsciente y con la respiración muy lenta.

Lucía lo observó por unos segundos hasta que Israel apareció tras ella. No dudó en lanzarse a sus brazos. Había pasado mucho miedo y necesitaba abrazarlo, sentirlo...

---¿Estás bien?

Él movió la cabeza de forma afirmativa, le dio un beso en la boca y la miró a los ojos.

---¿Y tú?

Las sirenas del coche patrulla se escucharon muy cerca de donde se encontraban.

---Ahora sí ---respondió cansada.

Le acarició la cara y la besó de nuevo.

---Ya está... Ya está... Respira... ---trató de calmarla.

Lucía le sonrió al escuchar ese mantra al que la tenía acostumbrada. Asintió, miró brevemente a la persona que había conseguido asustarla y que Miguel y Martín levantaban en ese momento del suelo de malos modos para conducirlo hacia la casa, donde sería entregado a la autoridad.

Cerró los ojos con fuerza.

---Ya está... ---repitió feliz.

Israel la observó, mientras intentaba recuperar el ritmo normal de su respiración, y se tranquilizó al comprobar que tenía los rasgos de la cara más relajados.

---Lu...

---Ummm... ---dijo con los ojos cerrados todavía, contenta de estar entre sus brazos.

---Te voy a besar ---la avisó.

Abrió los ojos de golpe.

---¿Y luego?

Él sonrió.

---Luego veremos adonde nos lleva el viento.

Lucía se rio, posó sus labios sobre los de él y disfrutó del contacto como si no hubiera un mañana, hasta que de pronto ella se separó y lo miró asustada.

---Acabo de acordarme de que no vivo en la misma ciudad que tú; que mi trabajo, si tengo trabajo cuando regrese, está a cientos de kilómetros de aquí y que tengo que regresar a la universidad para ver si por fin ---recalcó esas últimas palabras--- termino una de las carreras que empiezo...

Israel se carcajeó interrumpiéndola.

Ella lo miró entre confusa y enfadada. Se separó de él y cruzó los brazos por delante, molesta por su comportamiento.

---¡Ah, está bien! Si esta es tu respuesta a todos los inconvenientes que existen para que tengamos una relación, mejor me voy. ---Se puso en movimiento, pero no pudo ir muy lejos, ya que el joven enseguida la detuvo.

---Espera... ---le dijo, intentando explicarse, pero entre que seguía riéndose y que ella estaba cada vez más enfadada, no consiguió lo que pretendía.

---Será mejor que nos vayamos hacia la casa. Seguro que la policía querrá que hablemos con ellos...

---Para un momento y calla un segundo ---le ordenó, colocándose delante de ella e impidiéndole andar---, por favor... ---Lucía lo observó con cara de pocos amigos, pero hizo lo que le pedía---. No me burlo de ti ni de nuestra relación ---le aclaró---. Es solo que deberías haberte visto la cara. Te estresabas con solo pensar en todas esas cosas. ---Le pasó las manos por sus brazos desnudos intentando tranquilizarla---. Y, conociéndote como te conozco, seguro que no le veías futuro a nuestra relación con tantos obstáculos que has detallado.

Lucía hizo un mohín con los labios.

---Está bien. Tienes razón, pero es algo que me preocupa.

Le dio un beso en la punta de la nariz.

---Y a mí, pero ¿por qué no ir poco a poco, según vayan llegando las cosas?

Ella asintió con poca convicción.

---Me gustaría, pero...

---¿Pero? ---Le pasó la mano por la mejilla con cariño.

---No puedo quedarme en tu casa eternamente ---explicó de golpe---. Tarde o temprano tendré que regresar a mi apartamento, a mi trabajo, a mis estudios...

Él la miró y sonrió.

---Puede que tenga una solución...

---¿Cuál? ---preguntó a bocajarro.

Israel la llevó hasta las hamacas de madera y se sentó, obligándola a que se acomodara encima de él.

---¿Por qué no te quedas aquí?

Lucía lo miró sorprendida.

---¿Aquí? ---Él asintió---. ¿Dónde? ¿Y todo lo que te he mencionado? No sé, Isra, creo que tenemos un gran problema...

El joven tiró de ella justo cuando comenzaba a levantarse de encima de él con intención de alejarse.

---Dame un segundo para explicarme ---rogó.

Ella asintió sin apartar su mirada de la de Israel.

---De acuerdo. Perdona...

Él llevó uno de los mechones negros detrás de su oreja y le acarició levemente la cara.

---Como ya te he explicado, durante el tiempo en el que Lucas y tú estudiabais, yo tuve que trabajar con mis padres. ---Ella movió la cabeza de manera afirmativa recordando sus palabras---. Mis padres se empeñaron en que tuviera un sueldo...

---Lo más lógico ---lo cortó recibiendo una sonrisa por su parte---. Perdona. Sigue...

Este asintió.

---Viviendo en casa de mis padres y en este pueblo, no he tenido apenas gastos, por lo que todo el dinero que he ganado, lo he invertido.

Lucía lo miró asombrada.

---¿Dónde?

Le guiñó un ojo.

---Hay un par de apartamentos en el pueblo que son de mi propiedad.

---¿De verdad?

---Los he alquilado y con su alquiler he ido pagando los gastos que generan ---siguió explicándole.

Lucía se levantó y lo miró con los brazos en jarras.

---¿Y ahora me dirás que eres un millonitis?

Israel se carcajeó.

---No llega a tanto, pero tengo mis ahorros.

Ella lo observó atentamente.

---Me alegro mucho por ti, por reconducir tu vida ---anunció.

Israel tiró de su mano y la sentó de nuevo encima de él.

---Entonces, ¿qué me dices?

Lo miró sin saber a qué se refería.

---¿Qué te digo de qué?

La risa masculina los envolvió.

---Te puedes quedar en uno de esos pisos, que, casualidades de la vida, está vacío.

---Casualidades de la vida ---señaló con retintín.

Israel asintió sonriente.

---Piénsalo. Así estaríamos más cerca...

Lo observó pensativa.

---A cambio de un alquiler, por supuesto ---indicó de forma estricta.

---Por supuesto, por supuesto... ---repitió contento de ver que cedía.

---Pero ¿y el trabajo? ¿Y mis estudios? ---preguntó recordando los otros inconvenientes que tenían.

Israel la tomó de la cara y enfrentó su mirada.

---Si quieres seguir estudiando, puedes intentar matricularte en la universidad a distancia ---mencionó---. Y por el trabajo... ---dudó por unos segundos---. Seguro que en el bar de Ceci hay alguna vacante ahora que todos nuestros jóvenes se van a la ciudad a estudiar. Me apuesto lo que quieras a que alguno de los camareros que tenía contratados se marcha.

Lucía le golpeó el hombro al escucharle.

---¿Me estás llamando vieja?

Él le besó la mano con la que lo había golpeado y buscó sus ojos negros.

---Joven con experiencia ---recalcó sonriéndole.

Un gruñido poco femenino salió del interior de ella.

---No sé si me gusta...

Israel se acercó hasta su boca y le susurró:

---Dime solo que te lo pensarás.

Ella observó su mirada angelical, de la que a veces se apropiaba el mismo demonio, y asintió.

---Ya me lo he pensado ---confesó regalándole una gran sonrisa.

Israel gruñó de satisfacción, posó su boca sobre los labios femeninos y le arrancó un gemido de satisfacción.

FIN

Merche Diolch

ELSA

Y llegaste tú 7

«Cuanto más sabes quién eres y qué quieres ser, menos te afectan las cosas.»

Sofía Coppola, *Lost in Translation*

Prólogo

El Toyota del padre de Raquel apareció por el camino de entrada de su casa cuando los coches de la policía se marchaban.

Los dos adultos que iban dentro se miraron preocupados.

---¿Qué habrá sucedido? ---preguntó Roger, que iba en el asiento del copiloto.

---Espero que nada grave ---indicó Josep deteniendo el todoterreno ante las señales del primer coche patrulla, que se paraba a su lado.

El policía que iba conduciendo los saludó.

---Roger, Josep...

---Samuel, ¿qué ha ocurrido?

El amigo del padre de Israel negó con la cabeza.

---Ya nada de lo que debáis preocuparos.

---¿Y eso? ---insistió Roger.

---Ahí detrás llevamos al que acosaba a Lucía, la chica de tu hijo. ---Señaló el otro coche de policía que iba tras él.

---¿Y los chicos están bien? ---preguntó Josep, el padre de Raquel, que sabía de lo ocurrido porque su hermano lo había puesto al día de camino al aeropuerto.

Samuel asintió.

---Algo mojados... ---Miró a Roger---. Tu hijo algo magullado, porque se ha llevado la peor parte, pero por lo demás, bien. Además, la fiesta que vais a celebrar seguro que les quita todos los males.

---¿Fiesta? ---preguntó Raquel asomándose entre los asientos y mirando al agente de policía y amigo de la familia.

Samuel miró a la joven para devolver su atención a los dos adultos.

---¿Puede que haya metido la pata?

Roger se carcajeó.

---Puede...

El policía se llevó dos dedos a la sien y se despidió: ---Será mejor que me vaya.

---Si acabas pronto, acércate ---lo invitó Josep---. Serás bienvenido.

---Gracias. Lo intentaré. ---Subió la ventanilla del coche y se alejó de allí, seguido del otro vehículo.

El padre de Raquel condujo su Toyota hasta los escalones del porche que llevaban a la puerta de su casa y lo aparcó. Las puertas traseras se abrieron de golpe, saliendo de su interior Raquel y Tony.

---Señor Torres, ¿de qué hablaba el policía? ---preguntó el músico al padre de Israel.

---Roger, te he dicho que me llames Roger.

Tony le sonrió y se apartó el cabello negro de la cara.

---Perdón, es la costumbre.

El hombre negó con la cabeza quitándole importancia al asunto.

---No ocurre nada. ---Se dirigió hacia el jardín comprobando que lo seguían---. Luego, cuando

haya tiempo, os lo explicaremos.

---¿Tiempo? ---repitió Raquel---. ¿Por qué no hay tiempo ahora para que nos lo cuentes?

---¡SORPRESA! ---gritaron todos los jóvenes reunidos en el jardín.

Raquel se llevó una mano al corazón y los observó con la boca abierta.

---Pero ¿qué os ha pasado?

Los chicos se miraron unos a otros, comprobando la imagen que ofrecían al llevar, la mayoría de ellos, las ropas empapadas.

---Hacía mucho calor, primita ---le dijo Mónica divertida, abrazándola.

La joven le devolvió el abrazo.

---Esto nos lo tenéis que contar...

---Prometido, amiga ---comentó Jaime dándole un beso de bienvenida---. Tony... ---Le ofreció su mano, que el músico no dudó en estrechar---. Pero después de que nos contéis todo lo que habéis hecho en Londres.

---De acuerdo ---dijo Raquel perdiendo la atención de su mejor amigo, quien observaba embelesado lo que sucedía detrás de ella. Siguió su mirada y se dio cuenta de qué se trataba.

Del brazo de su padre venía hacia ellos una chica rubia, con algún que otro tirabuzón en su cabello.

De estatura baja, su piel resaltaba por ser más pálida de lo normal, prueba de que no solía pasar mucho tiempo bajo el sol. Tenía unos ojos almendrados de color marrón que reflejaban cierta tristeza, que contrastaba con la sonrisa amigable que les ofrecía.

---Hola... ---dijo con un claro acento extranjero.

Raquel se acercó a ella y la tomó de la mano.

---Chicos, esta es Danielle, una amiga que he hecho en Londres.

Uno a uno la fueron saludando con cordialidad hasta que le llegó el turno a Jaime.

---Está... Está... ---tartamudeó este sin terminar de arrancar.

Mónica se acercó a la recién llegada y la agarró del brazo para acompañarla hasta una silla, para que se sentara.

---Embarazada ---acabó por Jaime, revolviéndole el cabello cuando pasó por su lado.

Raquel se rio, atrapó el brazo de su amigo y lo llevó hasta ella.

---Danielle, este es Jaime, un gran amigo.

El joven fue a darle dos besos, pero, en el último momento, prefirió ofrecerle la mano, que ella estrechó confusa.

---Encantado, Danielle... Yo... Creo... Mejor me voy a ver qué sucede con la música.

Las tres chicas lo miraron extrañadas hasta que Mónica se rio, acomodándose al lado de la francesa.

---No le hagas caso. Nuestro Jaime es un poco raro...

---Bueno, no tan raro ---indicó Raquel observando por donde había desaparecido su amigo.

---Y dime, Danielle, ¿qué se te ha perdido por nuestro humilde pueblo? ---curioseó Mónica.

---Se va a quedar una temporada... ---respondió Raquel, sentándose con ellas.

Su prima la miró confusa y fue a preguntar algo más, pero el motor de un coche se escuchó en el jardín, impidiéndoselo.

---¿Esperáis a alguien más? ---preguntó Tony, que, tras saludar a Martín y Miguel, había decidido hacerse con un botellín de cerveza para saciar la sed que tenía del viaje.

---Que nosotros sepamos, a nadie ---respondió Israel, que estaba sentado en una de las sillas cerca de Lucía.

---Quizás sean las pizzas ---indicó ella esperanzada, porque comenzaba a sentir hambre.

---Enric, ¿qué haces aquí? ---soltó Elsa en cuanto apareció el recién llegado por el jardín.

---Enric, ¡vete ahora mismo! ---escupió Lucía, señalando a su cuñado, al mismo tiempo que se acercaba a su hermana.

Israel la siguió, interponiéndose entre él y las dos jóvenes.

---Ya has oído. No se te quiere aquí.

El joven moreno de ojos verdes lo miró con desprecio.

---Esto no tiene nada que ver contigo...

Elsa se adelantó unos pocos pasos, colocándose al lado de Israel, y le preguntó: ---¿Qué quieres?

---Hablar contigo ---respondió como si fuera tonta.

---No tenemos nada que decirnos ---indicó casi temblando.

---Eres mi mujer y...

---Te ha dicho que no quiere hablar contigo ---espetó con brusquedad Martín, que acababa de aparecer al lado de Elsa.

Enric lo miró de arriba abajo con gesto altivo y devolvió la atención a su mujer.

---No sabía que los preferías jovencitos para follar...

Martín avanzó un par de pasos hacia él, apretando sus puños con fuerza.

---Será mejor que te vayas ---lo amenazó.

Elsa se colocó entre los dos y miró al que era su marido.

---Enric, vete, por favor.

Este pasó su mirada del joven a ella y asintió.

---Debemos hablar.

La joven suspiró y movió la cabeza de manera afirmativa.

---Mándame un mensaje al móvil.

Enric asintió de nuevo, conforme con haberle sacado por lo menos eso, y sin demorarlo mucho más, se alejó de ellos.

Cuando el marido de Elsa desapareció, Lucía se volvió hacia ella con rapidez, agarrándola de las manos.

---¿Estás bien?

---Sí... Pero necesito ir un momento al servicio.

Su hermana asintió.

---¿Necesitas que te acompañe? ---Elsa negó con la cabeza---. Está bien. Te espero aquí...

Elsa se alejó para adentrarse en la casa.

Israel miró a Lucía y le preguntó:

---¿Todo bien?

---Espero que sí... ---respondió cobijándose entre sus brazos.

El resto de los allí reunidos los observaron en silencio hasta que el motor de otro vehículo captó su atención.

---Voy yo... ---avisó Lucas---. No quiero más sorpresas por hoy.

---Te acompaño ---dijo Martín uniéndose a su amigo, seguido por Miguel.

Tony miró a Raquel, se encogió de hombros y fue tras ellos.

Al poco rato aparecieron los cuatro chicos portando entre sus manos las pizzas que habían pedido.

---¿Alguien tiene hambre? ---preguntó Miguel dejando las cajas de comida sobre la mesa.

Raquel levantó la tapa de cartón y atrapó una porción con rapidez.

---Barbacoa... ---Mordió de inmediato y con la boca llena dijo---: Que sepáis que esta ha sido

una fiesta llena de sorpresas.
Todos estallaron en carcajadas.
Continuará...

Merche Diolch nació en Madrid el Día de Reyes de 1979. Lectora empedernida desde la infancia, cursó la carrera de Historia y se especializó en estudios de la Edad Media, aunque no tardó en descubrir que su verdadera vocación era la escritura.

Piensa que todos los sueños se pueden alcanzar, pero siempre con constancia, paciencia y trabajando poco a poco para conseguirlos, por eso tanteó el mundo literario por medio de pequeños relatos, con los que colaboró en diferentes antologías literarias hasta que dio el salto publicando *¿Por qué no?* y *Fuego rojo*. Dos novelas que fueron recibidas con expectación por parte de los lectores y que lograron cosechar grandes éxitos.

Con *Para regalo* consiguió alcanzar el número uno en las distintas plataformas digitales de ventas y todavía siguen sorprendiendo sus excelentes resultados.

Sus series Rapax y Dulce y Salado no dejan de atraer nuevos lectores, con buenas e increíbles críticas que animan a la escritora a continuar en esta profesión, porque, según su propia opinión: «Sin los lectores, los escritores no existiríamos».

Ha sido dos veces finalista del Premio AURA, cuyo galardón alcanzó en el año 2015.

En 2009 fundó la página *Yo leo RA*, una de las páginas web pioneras en especializarse en el género romántico y de la que derivan incontables actividades y acciones para la promoción del género, como los Encuentros Literarios RA, que se celebran cada año y a los que asisten más de 600 personas.

Actualmente ha organizado el CiempoLiT. Festival de Literatura Infantil y Juvenil con una increíble respuesta por parte de los asistentes.

A día de hoy trabaja en varios proyectos que verán la luz a lo largo del año.

Enlaces de interés:

Blog: <http://merchediolch.blogspot.com.es/>

Facebook: Merche Diolch

Twitter: @MercheDiolch

Instagram: @merchediolch

Israel

Y llegaste tú 6

Merche Diolch

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal) Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Merche Diolch, 2019

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta © de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2019

ISBN: 978-84-08-17772-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.

CLICK EDICIONES es el sello digital del Grupo Planeta donde se publican obras inéditas exclusivamente en formato digital. Su vocación generalista da voz a todo tipo de autores y temáticas, tanto de ficción como de no ficción, adaptándose a las tendencias y necesidades del lector. Nuestra intención es promover la publicación de autores noveles y dar la oportunidad a los lectores de descubrir nuevos talentos. <http://www.planetadelibros.com/editorial-click-ediciones-94.html>

Otros títulos de Click Ediciones:

Mi error fue amar al príncipe. Parte I

Moruená Estríngana

Mi error fue amar al príncipe. Parte II

Moruená Estríngana

Heaven. El hilo rojo del destino

Lucía Arca

Viaje hacia tu corazón

Moruená Estríngana

Tu eres mi vez

Judith Priay

Latidos de una bala

Alexandra Roma

Eres mi mejor sueño

Clara Ábori

Mi sol, mi luna

Calista Sweet

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!